

LA MELANCOLÍA COMO ENFERMEDAD EN LA OBRA DE  
TIRSO DE MOLINA (CONTRIBUCIÓN A SU ESTUDIO)

*Berta Pallares*  
*Universidad de Copenhague*

Para Laura Dolfi y su amistosa insistencia

INTRODUCCIÓN

En este trabajo intento ofrecer una nueva contribución al estudio de la melancolía en la obra de Tirso de Molina.

Ya he indicado en un primer trabajo<sup>1</sup> que el tema de la melancolía aparece muy temprano en la obra de Tirso y que presenta muchos aspectos y matices. En aquel trabajo llevé a cabo un intento de clasificación de las melancolías en la obra de Tirso, aunque el *corpus* de trabajo no abarcaba la totalidad de ella. Hice entonces una clasificación general con el fin de tener una base de trabajo: I: melancolía amorosa; II: melancolía temperamental; III: melancolía como enfermedad<sup>2</sup>. Creo que aquella clasificación es válida todavía. Esta vez tomo el apartado III como punto de referencia e intento poner en relación el pensamiento de Tirso con las autoridades de algunos médicos.

El tema sigue ocupando parte de mis horas, consciente en cada nueva lectura de su obra de que a Tirso le interesaba sobremanera y de que poseía gran documentación sobre el mismo.

De todas las secuelas que se originan de la enfermedad de la melancolía reservo la locura para un estudio aparte, porque en la obra de Tirso aparecen algunos locos. Como señalé en mi primer

<sup>1</sup> Pallares, 1991.

<sup>2</sup> Pallares, 1991, pp. 271-76, 276-80 y pp. 280-87, respectivamente.

trabajo, sigo pensando que los locos, enfermos mentales, locos de verdad, escasean en la comedia tirsiana. Casi siempre se trata de locuras fingidas, aunque digan que su situación amorosa les ha llevado al «frenesí»<sup>3</sup>.

Me interesan dos melancolías. La de doña Estefanía en *El amor médico* y la de Rogerio en *El melancólico*. Lo que me ha llevado a unir aquí estas dos melancolías es que ambas son consideradas por el entorno como auténtica enfermedad. A este concepto creo que responden los textos. Por eso intento ver la naturaleza, causas y remedios de la enfermedad en relación con el pensamiento médico. Dejo la de *El melancólico* para otra ocasión.

El que se trate de melancolías amorosas, al menos en el caso de doña Estefanía, consideradas por el entorno como enfermedad, sucede en virtud de ese triángulo conspiracional, base del enredo, habitual en la comedia tirsiana: lector-espectador/protagonista, de un lado, que sabe siempre lo que sucede, y de otro lado el entorno que, en general, lo supone, lo supone equivocadamente o no lo sabe.

Por ello son dos las lecturas: la del protagonista-lector/espectador que sabe de qué se trata, y la del entorno, incluidos los médicos falsos o los graciosos que leen la melancolía como enfermedad, aunque desde muy pronto aparezca la sospecha, a distintos niveles, sospecha que se va afianzando a lo largo del discurrir de la trama sobre la realidad de dicha dolencia.

#### DE LA MEDICINA EN EL PENSAMIENTO DEL SIGLO XVII. LA MELANCOLÍA EN EL SIGLO XVII: PREOCUPACIÓN POR LA ENFERMEDAD

Con el fin de economizar espacio y evitar repeticiones en las referencias, intento lograr un sistema que me simplifique el quehacer. Ofrezco unas líneas sobre el concepto de la melancolía en el siglo XVII, pero tomo, esta vez, solamente los aspectos a que me da pie el material elegido: los personajes relacionados con el saber médico en el caso de doña Estefanía, esto es, Tello, criado gracioso, el fingido doctor Barbosa, el padre y el pretendiente de doña Estefanía; en el caso de Rogerio los pasajes que harán en su momento referencia a la «sequedad» y a la melancolía a cargo del mismo Rogerio y de Pinardo. Soy consciente de que quedan huecos y cabos sueltos.

Por todo ello no voy a repetir lo que escribí en mi anterior trabajo. Mantengo las consideraciones generales que allí expuse y

<sup>3</sup> Pallares, 1991, pp. 267-68.

ofrezco aquí un hilo de aquella trama<sup>4</sup>. Lo hago así teniendo en cuenta el carácter de la publicación a que van destinadas estas líneas<sup>5</sup>.

En el caso de doña Estefanía parece tener dos componentes: melancolía temperamental, heredada de la madre, y melancolía amorosa (en el caso de Rogerio también, más fuerte acaso el componente temperamental que en Estefanía).

En cuanto a lo que los médicos españoles sabían y conocían en el siglo XVII remito al libro de Sánchez Granjel<sup>6</sup>. Solamente me baso en las que él señala como las dos primeras promociones, pues la tercera, la de los «novatores» ya sale del periodo tirsiano.

Según Sánchez Granjel<sup>7</sup> en los médicos de la primera promoción –las tres primeras décadas de la centuria– sigue en vigencia la medicina del último tercio del siglo XVI, bajo el influjo de los maestros de las dos escuelas castellanas de más prestigiosa y brillante tradición médica: Alcalá y Valladolid. En las décadas centrales del siglo, segunda promoción, continúa presente el magisterio de los médicos renacentistas y los libros de la generación precedente, pero, señala Sánchez Granjel que se da

un anquilosamiento de esta tradición inmediata en la que se mantiene vigente la herencia grecoárabe; todo contribuye a que cobre realidad una actitud ideológica rígida, dogmática que conduce a la aceptación con valor de verdad no discutible del saber aprendido en las aulas universitarias, y en los médicos de mente más inquieta y mejor informados a una postura cautelosa que les permitirá aceptar algunas de las grandes conquistas de la medicina moderna sin por ello rechazar los que siguen considerando principios incuestionables del saber médico y normas igualmente no quebrantables en la actuación profesional<sup>8</sup>.

Según Sánchez Granjel, en cuanto al saber fisiológico

los más autorizados tratadistas del siglo incluyen en sus textos exposiciones eruditas sobre el funcionalismo orgánico que son mera repetición de lo aprendido en las obras de Galeno y sus comentaristas; re-

<sup>4</sup> Pallares, 1991; ver el apartado III, «Melancolía como enfermedad: causas y remedios», pp. 280-87.

<sup>5</sup> La colaboración estaba destinada para ser presentada ante los colegas asistentes al coloquio de Parma y a recibir las observaciones de ellos. No fue posible, y solo la amistosa insistencia de Laura Dolfi me hace enviarlas con los riesgos de lo que en realidad es una pre-publicación. A Laura, sobre todo, va dedicado este trabajo.

<sup>6</sup> Sánchez Granjel, 1978.

<sup>7</sup> Sánchez Granjel, 1978, cap. I, «Los médicos del siglo XVII», pp. 19-42.

<sup>8</sup> Sánchez Granjel, 1978, p. 29.

cordemos para confirmarlo, la explicación que Andrés de León elabora en su tratado de los humores, la doctrina de la cocción y las cualidades que caracterizan los distintos temperamentos, definiendo las facultades y los conceptos de partes similares y orgánicas.

Los textos médicos generales del siglo XVII ofrecen todos, como parte de los saberes que se considera que debe poseer el médico, una teorización sobre el funcionalismo orgánico, explayada siempre de acuerdo con los criterios aprendidos en la lectura de los clásicos<sup>9</sup>.

Resumo del valiosísimo libro del Dr. Sánchez Granjel lo que me interesa para este trabajo:

- a) Fidelidad a la tradición médica grecoárabe.
- b) Cariz dogmático.
- c) La mayoría de los médicos están encastillados en el galenismo; algunos aceptan varias novedades.
- d) Se aceptan puntos de la nueva medicina, pero se mantienen los viejos postulados ideológicos.
- e) Se rechaza toda acusación al galenismo.
- f) Se manifiesta hostilidad hacia la obra de Paracelso<sup>10</sup>.

El dilema en que estaban los médicos españoles se trasluce en las líneas de Sánchez Granjel, tomando como base el trabajo del doctor López Piñero<sup>11</sup>, y en el apartado que él mismo dedica a los «novatores»<sup>12</sup>.

No es ajeno el problema de los médicos al enfrentamiento tradición-modernidad que se dio en toda Europa pero que

ofrece signo peculiar en España donde el saber heredado conserva todo su poder y hace que el triunfo de las nuevas concepciones científicas se retrase y no tenga efectividad hasta iniciada la siguiente centuria<sup>13</sup>.

Las causas y consecuencias de este retraso son conocidas de todo lector que se haya adentrado en la problemática del siglo XVII español. Si la melancolía es también enfermedad relacionada con el ocaso imperial que se vislumbraba, cae fuera de mi trabajo. Pero debe tenerse en cuenta:

<sup>9</sup> Sánchez Granjel, 1978, p. 141. Ver también el cap. VIII, «La medicina clínica».

<sup>10</sup> Sánchez Granjel, 1978. Recordemos que Paracelso escribió una apología (*Las siete apologías*) para defender su método médico ante las críticas de los médicos academicistas de su tiempo.

<sup>11</sup> Sánchez Granjel, 1978, pp. 19-20.

<sup>12</sup> Sánchez Granjel, 1978, pp. 35-42. La renovación de los saberes médicos también tiene lugar en la España del XVII, pero más bien al final del siglo.

<sup>13</sup> Sánchez Granjel, 1978, p. 13.

Una de ellas fue la melancolía, que podría verse como un signo que anunciaba a los españoles del siglo XVI que el poderoso imperio se acercaba lentamente a su ocaso<sup>14</sup>.

*La melancolía en el siglo XVII: preocupación por la enfermedad*

Si bien la melancolía tuvo un amplio espacio en el pensamiento del siglo XVII –médicos, escritores, filósofos– es en el siglo XVI cuando la preocupación fue más grande. Se ha dicho que este siglo fue la edad de oro de la melancolía<sup>15</sup>. Fueron tratados importantes, entre otros, el *Diálogo de la melancolía* (Granada, 1558) de Pedro Mercado y el *Libro de la melancolía* (Sevilla, 1585) de Andrés Velásquez<sup>16</sup>. Pedro Mercado habla de que son muchos los que padecen esta enfermedad y el lector de Santa Teresa constata cómo le preocupaba la enfermedad a la Santa, solo por citar dos casos en dos campos distintos. Orobitg ha recogido en su libro los tratados médicos más importantes. A él remito<sup>17</sup>.

Yo me ocupo aquí del siglo XVII, pero todos sabemos que la teoría humoral del siglo XVII recoge la trayectoria que se originó en la Antigüedad y que llegará hasta el XVIII. Para la trayectoria remito a las bien documentadas páginas de *Saturno y la melancolía*, de las que tomo la información para lo referente a la Antigüedad y a la Edad Media<sup>18</sup>.

Los médicos españoles del siglo XVII mostraron gran interés y estudio en lo referente a las enfermedades mentales, entre las que se consideraba alguno de los tipos de melancolía. Señala el doctor Sánchez Granjel que hay que destacar

el interés mostrado por bastantes médicos de la centuria en alcanzar un mejor conocimiento de las dolencias mentales, hasta el punto de poder señalarse la aparición de una incipiente literatura psiquiátrica<sup>19</sup>.

De entre las varias obras que cita señala que

especial valor ha de concederse a la contribución de Pedro Miguel de Heredia, autor de un libro sobre el deliquio de innegable originalidad;

<sup>14</sup> Bartra, 1998 p. 25. Ver en pp. 54-55 la cita a *El melancólico* y la referencia que se presta a discusión. Para la problemática de los médicos del siglo XVI ver la primera parte.

<sup>15</sup> Starobinski, 1962.

<sup>16</sup> Publicados en Bartra, 1998, pp. 255-372. Véase también la introducción de Barrenechea al texto, «Modelo para romper. Velásquez y la crítica a la autoridad médica del Siglo de Oro», en pp. 229-53.

<sup>17</sup> Orobitg, 1997.

<sup>18</sup> R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991.

<sup>19</sup> Sánchez Granjel, 1978, pp. 160 y ss.

también son de importancia las aportaciones de Gaspar Caldera de Heredia, que describe la convulsión, los afectos soporosos y letárgicos, la frenitis y la melancolía; Bravo de Sobremonte hizo estudio de la melancolía y de la epilepsia, enfermedad esta última que como médico de cámara tuvo que tratar en varios miembros de la familia de Felipe I<sup>20</sup>.

El par de entradas más que recoge Sánchez Granjel sobrepasan el periodo y el campo que yo he limitado: la obra de Tirso<sup>21</sup>.

Orobitg recoge otros títulos<sup>22</sup>. Además del tratado de Mercado, he manejado, en especial, el de Andrés Velásquez. Aparte de estos remito a la obra de Robert Burton, a la que me referiré con frecuencia, *Anatomía de la melancolía* (1621) y a la de Jacques Ferrand, *Melancolía erótica* (1623).

Sánchez Granjel señala que la melancolía es el proceso psiquiátrico más mencionado en la literatura del Seiscientos, descrita por algunos con el nombre de hipocondría<sup>23</sup>, y cita los versos de Lope de Vega: «la mayor enfermedad / llaman la melancolía».

Los autores médicos que cita Sánchez Granjel son estos, al comienzo del siglo: Alonso de Freilas, *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*, Jaén, 1602, y Alfonso Ponce de Santa Cruz, *Dignotio et cura affectuum melancolicorum*, impresa en 1622, pero redactada en el siglo XVI<sup>24</sup>.

#### CONCEPTOS BÁSICOS EN RELACIÓN CON LA MELANCOLÍA. HUMORES Y ESPÍRITUS EN RELACIÓN CON LA ENFERMEDAD MELANCOLICA

Tradicionalmente se admitía que toda enfermedad se origina por la ruptura del equilibrio de la Naturaleza. La salud se basa en el equilibrio de las potencias básicas: lo húmedo y lo seco, lo amargo y lo dulce, a las que pueden añadirse otras.

Pero no todo es tan simple:

los que han pretendido hablar o escribir de medicina basando su explicación en postulados como «lo caliente y lo frío», «lo húmedo y lo seco» o cualquier otro, cometen errores de bulto en muchas de sus afirmaciones por querer reducir al mínimo la causa de las enfermeda-

<sup>20</sup> Sánchez Granjel, 1978, p. 166. Ver su sección de bibliografía.

<sup>21</sup> «Sobre la epilepsia son dignos de nombrarse el estudio de la dolencia de Ponce de Santa Cruz y los escritos monográficos impresos ambos en 1679, de Francisco de Sayas y Bautista y Blas Martínez Nieto» (Sánchez Granjel, 1978, p. 166).

<sup>22</sup> Orobitg, 1997, pp. 9-11.

<sup>23</sup> Sánchez Granjel, 1978, pp. 166-67.

<sup>24</sup> Ver Escudero Ortuño, 1950.

des y la muerte del hombre, atribuyendo a todos el mismo origen a base de uno o dos postulados<sup>25</sup>.

En general la medicina considera, en cuanto a las potencias básicas, que deben estar proporcionadas y en equilibrio, porque

el predominio de una de ellas es causa de enfermedad [...]. La enfermedad sobreviene, en lo tocante a su causa, a consecuencia de un exceso de calor o frío; y en lo que concierne a su motivo, por un exceso o defecto de alimentación [...]. A veces se originan enfermedades por obra de causas externas: a consecuencia de la peculiaridad del agua o de la comarca, o por esfuerzos excesivos, forzosidad o causas análogas. La salud, por el contrario, consiste en la bien proporcionada mezcla de las cualidades<sup>26</sup>.

La melancolía está relacionada con el equilibrio de los humores, a los que me referiré enseguida. De ahí que encontremos referencias a melancolía como ‘humor’ y como ‘enfermedad’ –alteración de ese humor–. La melancolía o bilis negra (*atra bilis*) era un líquido procedente del bazo, como veremos más adelante. Era muy perjudicial. De ahí pasó a un temperamento, el melancólico, y después a la enfermedad:

Melancolía en su primero significado quiere decir y significa uno de los cuatro humores que naturalmente se engendran en el hígado para nuestra nutrición. Este de su temperamento es frío y seco.

Melancolía en otro significado significa y suena lo mismo que los médicos llaman *atra bilis*. Este conviene con el otro humor que primero dijimos en el significado, porque entrambos, como dice Galeno, se comprenden debajo de este significado y nombre de humor melancólico. Este, que propia y particularmente se llama *atra bilis*, como el otro que dijimos que propiamente se llamaba melancolía, aunque tiene el que propiamente llaman *atra bilis*, guarda siempre aquella que llaman ignición<sup>27</sup>.

Hay que diferenciar entre la melancolía natural y la *atra bilis*, la que engendra el humor atrabiliar que es más grave que la primera:

<sup>25</sup> *Tratados hipocráticos*, I: «Sobre la medicina antigua», pp. 135 y ss.

<sup>26</sup> Serés, introducción a la edición de *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, p. 74. En el apartado «La medicina hipocrática» puede encontrarse una exposición clara y concreta sobre los términos básicos: salud, enfermedad, humores y su fuerza, así como una sinopsis de los diferentes biotipos, según el humor.

<sup>27</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, pp. 322-23. Ver en especial el capítulo quinto, «Donde se declaran los significados de este nombre melancolía y cuáles son los cuerpos más dispuestos para la engendrar».

Esta *atra bilis* difiere de la natural melancolía en el saber muy acedo y acerbo, de donde por ustiión viene a ser tan acre, que es corrosiva [...] y así dice Galeno de ella que es de tan mala naturaleza que levanta la tierra, mata las moscas y otros animalejos si la gustan<sup>28</sup>.

Más adelante, y en relación con Tirso, veremos los aspectos positivos y negativos de la melancolía. Y lo peligroso que podía resultar la retención de este humor negro.

En relación con la enfermedad de la melancolía está el humor melancólico, uno de los cuatro fundamentales recogidos en las varias teorías sobre el humoralismo. Esta remonta a los pitagóricos, quienes, si no desarrollan la teoría de los humores, preparan el terreno para ello. Como he dicho, yo me quedo solamente con el siglo XVII y dentro de él recojo de la teoría lo que me interesa en relación con Tirso. Galeno enseña sobre esto que

así que llaman todos a esta enfermedad melancolía, descubriendo el nombre del humor que es causa de ella.

Este humor melancólico, del cual habemos dicho que propiamente se llama melancolía, dijimos de él que es un humor de los cuatro que engendra nuestro hígado, y que es como la hez de nuestra sangre. Este en su sustancia es muy grueso y terrestre, de color negro, de sabor acedo y acerbo<sup>29</sup>.

La cita que sigue es un poco larga, pero con ella evito líneas de introducción:

Si queremos, pues, descubrir el origen del humoralismo tenemos que remontarnos a los pitagóricos [...] porque para los pitagóricos el número cuatro tenía una significación especial [...] «encierra la raíz y fuente de la naturaleza eterna».

Los propios pitagóricos no desarrollaron una doctrina de los cuatro humores, pero prepararon el terreno al postular una serie de categorías tetrádicas (como por ejemplo las ya mencionadas: tierra, aire, fuego y agua; primavera, verano, otoño e invierno). En este sistema, una vez desarrollado, era fácil insertar los cuatro humores. Sobre todo, los pitagóricos definían la salud como equilibrio de distintas cualidades, y la enfermedad como predominio de una sola, concepto este que fue decisivo para el humoralismo propiamente tal. Alcmeón de Crotona, un médico pitagórico que vivió en torno al 500 a. C., afirmaba que «la igualdad de derechos [...] entre las cualidades [...] húmeda, seca, fría y caliente, amarga, dulce y las restantes, conserva la salud pero el dominio de una sola de ellas [...] produce la enfermedad», pero Filolao dio

<sup>28</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 325; *ustiión*: ‘acción de quemar’.

<sup>29</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 326. Dedicó todo el capítulo sexto a la *melancolía morbus* y el séptimo a los síntomas de la melancolía.



un paso más hacia el humoralismo al señalar el número cuatro como «principio de salud»<sup>30</sup>.

Más adelante resumiré brevemente las características de los cuatro humores –sangre, flema, cólera y melancolía– que me interesan hoy.

La teoría de los humores se combinó con la filosofía de la naturaleza a lo que se añadían las distintas opiniones sobre cuál de los cuatro humores era el más importante. También había de tenerse en cuenta las distintas influencias o predominios de los humores, lo que en el caso de la melancolía –que es el que nos interesa hoy– producía distintas clases de melancólicos, según cómo actuase la bilis negra<sup>31</sup>.

Me interesa resaltar de la argumentación del análisis de *Problema XXX, 1* lo que es uno de los factores determinantes en la enfermedad melancólica, esto es, la bilis negra:

es un humor que está presente en todos los hombres, sin que necesariamente haya de manifestarse en un estado corporal malo o en peculiaridades del carácter. Esto depende más bien, o de una alteración transitoria y cualitativa del humor melancólico producida por trastornos digestivos o por el calor o frío inmoderados, o de una preponderancia constitucional y cuantitativa del humor melancólico sobre los demás. Lo primero genera «enfermedades melancólicas» [...] lo segundo hace al hombre melancólico por naturaleza.

Todos los hombres poseen los cuatro humores y las distintas combinaciones de sus cualidades conforman el carácter de cada uno. Decido no extenderme en esto<sup>32</sup>.

Quiero destacar que el hombre normal y sano podía estar expuesto a enfermedades melancólicas, pero estas serían transitorias y no dejarían ninguna secuela en su «constitución mental». Pero

el melancólico natural, en cambio, aun estando perfectamente bien, poseía un *ethos* muy especial, que, ya se manifestara de una manera o

<sup>30</sup> R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, pp. 30-31. Todo lo referente al origen de la teoría de los humores puede verse en la excelente exposición de las pp. 34 y ss.

<sup>31</sup> Ver R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, pp. 39 y siguientes, para la importancia del cambio del concepto por obra de los peripatéticos y las claves de *Problema XXX, 1* que, según los autores, puede calificarse como «monografía sobre la bilis negra» (p. 54).

<sup>32</sup> Ver Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, caps. V y VI, y Orobitg, 1997, pp. 47 y ss.

de otra, le hacía fundamental y permanentemente distinto de los hombres corrientes; era, por así decirlo normalmente anormal<sup>33</sup>.

El humor melancólico natural<sup>34</sup> –frío y seco– no supone enfermedad, pero el humor negro que no viene de un proceso normal sí puede producir, y de hecho lo hace, enfermedad. De ahí que la enfermedad melancólica presente muchas facetas: desde la que solamente produce tristeza hasta la que lleva a la locura y a la muerte. La forma más benigna es la que va acompañada del temor y la tristeza y no presenta fiebre:

Porque si es verdad como lo es, y así lo hemos probado de doctrina de Galeno, que estos accidentes, miedo y tristeza, son señales propias de esta enfermedad, y estas de necesidad de doctrina del mismo nacen más del color negro del humor que de las calidades que la alteran, bien se sigue que no puede esta enfermedad venir de sola distemperie sin humor, o ventosidades gruesas y negras que oscurezcan el resplandor de los espíritus, como lo hemos probado, y de parecer del mismo Avicena. Así que el miedo se causa de la negregura, y de la destemplanza del cerebro juntas<sup>35</sup>.

En lo que están casi todos los médicos de acuerdo es en que

los sabios antiguos dijeron que la tristeza y melancolía son tósigo y veneno de la vida humana, que abrevia los días de la vida, la aniquila y consume<sup>36</sup>.

Todos los médicos están de acuerdo también en que la melancolía hace daño a los mortales; no los mata de repente, sino a la larga, a medida que la enfermedad se agrava (la locura lleva al suicidio). Es muy difícil de curar y si no se acude a tiempo a ella se llega a la locura. Procede de la descompensación en el humor melancólico, esto es, cualquier tipo de anormalidad que se dé en él.

Los médicos mantienen diversas opiniones sobre si es el corazón o el cerebro la parte más afectada. Para Burton y la mayoría de los médicos es el cerebro:

<sup>33</sup> R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, p. 54. Volveré a esto en relación con Rogerio.

<sup>34</sup> Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, p. 372.

<sup>35</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 351. Esta «negrura» del humor influiría en el retrato de algunos melancólicos. El médico Juan Méndez Nieto nos ofrece un par de retratos de estos melancólicos: de piel oscura, ojos negros y hundidos. La piel oscura era un síntoma de melancolía (ver R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, p. 69).

<sup>36</sup> Diego de Arosa, *Tesoro de las excelencias y utilidades de la Medicina y espejo del prudente y sabio médico*, Lérída, 1658, p. 152 (Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 3/45054, citado por Valbuena Briones, 1965, p. 122).

[La melancolía] en general se define «como un tipo de locura sin fiebre que tiene como compañeros comunes al temor y a la tristeza, sin ninguna razón aparente»<sup>37</sup>.

Para Burton, en realidad, son temor, tristeza y la ausencia de fiebre los que definen la enfermedad melancólica. A la locura la considera como factor aparte. Hay muchos tipos de melancolía y el mismo Burton señala lo difícil que es la clasificación. Él admite que la división en tres tipos es la más acertada:

El primero procede solamente del mal del cerebro y se llama melancolía de la cabeza; el segundo procede por simpatía de todo el cuerpo, cuando todo el temperamento es melancólico; el tercero surge de los intestinos, hígado, bazo, o la membrana llamada mesenterio, que se llama melancolía hipocondríaca o flatulenta [...]. La melancolía amorosa [...] se incluye normalmente en la melancolía de la cabeza [...]. Es un asunto difícil, lo confieso, distinguir estas tres especies una de otra y expresar sus diversas causas, síntomas y curaciones [...]. A menudo se confunden entre sí, pues tienen tal afinidad que apenas las pueden discernir los médicos más precisos<sup>38</sup>.

En relación con los melancólicos de Tirso conviene tener en cuenta que la melancolía no es una enfermedad mortal, según los médicos, si no surge ninguna complicación<sup>39</sup>.

Hay que hacer un paréntesis breve y considerar todo lo referente a los temperamentos<sup>40</sup>, sobre todo en relación con Rogerio. A ello me referiré al tratar de su melancolía<sup>41</sup>.

Pero cuando se trata de la melancolía adusta, o melancolía por adustión<sup>42</sup> –esto es, cuando el humor se quema, llamada también *atra bilis*– sí es peligrosa y suele llevar a la muerte. La cólera adusta es muy desigual:

<sup>37</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 172. Ver «Definición de la melancolía, nombre y distinción», pp. 172-73.

<sup>38</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 179. Ver «Sobre las especies o tipos de melancolía», pp. 178-80, y «División de las enfermedades de la cabeza», p. 139. Para la melancolía hipocondríaca ver «Síntomas de la melancolía flatulenta hipocondríaca», pp. 393-95. Para la melancolía amorosa ver p. 397: «Síntomas de la melancolía de las doncellas, monjas y viudas».

<sup>39</sup> *Tratados hipocráticos*, VI, p. 53.

<sup>40</sup> Ver Serés, prólogo a Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, pp. 75 y ss., y la discusión de *Problema XXX, 1* en R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, pp. 42 y ss.

<sup>41</sup> Ver R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, pp. 113 y ss.

<sup>42</sup> *adustión*: 'acción de quemar'.

Los hombres melancólicos por adustión son varios y desiguales en la complexión, porque la cólera adusta es muy desigual: unas veces se pone calidísima y otras fría sobremanera<sup>43</sup>.

Este calor provoca la sequedad, rasgo sintomático de la melancolía; de la sequedad de Rogerio se habla varias veces. El humor negro es el que engendra las enfermedades incurables entre las que están la locura y los furores maniacos, pero este humor tiene también cualidades positivas:

la que se llama *atra bilis* o cólera adusta de la cual dijo Aristóteles que hace a los hombres sapientísimos, cuyo temperamento es vario como el del vinagre: unas veces hace efectos de calor, fermentando la tierra, y otras se enfría; pero siempre es seco y de sustancia muy delicada [...]. Tiene otra calidad que ayuda mucho al entendimiento que es ser espléndida como azabache con el cual resplandor da luz allá dentro en el cerebro para que se vean bien las figuras<sup>44</sup>.

Subrayo esto por la relación melancolía-ingenio y también en la consideración de que todos los hombres sobresalientes eran tenidos por melancólicos. Ahora pienso en Rogerio.

Estas mayores habilidades, de parecer de Aristóteles, son las que se hallan en algunos melancólicos, y esto es en tanto exceso, que dice que algunos melancólicos tienen tanta fuerza de ingenio, que antes parece cosa divina que humana<sup>45</sup>.

De la misma opinión es el doctor Mercado:

esta enfermedad sigue a los hombres de sutil ingenio. Porque estos con la presteza y facilidad que tienen en entender descubren en breve tiempo cien mil cosas, entre las cuales algunas los han de atormentar y parar tristes, y jamás conocí hombre necio o torpe a quien la melancolía atormentase<sup>46</sup>.

Ello hace que sea importante tener en cuenta la condición de la presencia permanente o transitoria de la cantidad de humor melancólico en el hombre.

Los melancólicos en la obra de Tirso se manifiestan de diversas maneras, que, al menos a mí, me hacen pensar en la dificultad de

<sup>43</sup> Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, p. 460; ver notas de Serés al pasaje.

<sup>44</sup> Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, p. 372. Ver Orobítz, 1997, pp. 22-29: «La bille noire non naturelle: la fascination pour la *melancholia adusta*». Ver en R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, el texto de *Problema XXX*, 1, pp. 42-53.

<sup>45</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 305.

<sup>46</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 396.

clasificar las melancolías que aparecen en ella. Yo no sé lo que él había leído sobre melancolía, pero cada vez me reafirmo más en la idea de que es un tema que por una u otra razón conocía y le interesaba. Cuando escribí mi introducción al tema<sup>47</sup> yo misma había leído mucho menos sobre la melancolía que en el momento de redactar estas líneas. Entonces pensaba, y sigo pensando ahora, que hay que analizar las melancolías que aparecen en la obra de Tirso casi una a una, para ver qué hay de base tópica en el uso del término o qué hay de un conocer más especializado. Y yo creo que es mucho.

David-Peyre analiza, en relación con *El amor médico*, posibles puntos de los que Tirso ha podido tomar información:

Les manuels de citations et de références utilisés par la plupart des grands écrivains du siècle d'or: le *Thesaurus* de Stephanus, le *De Officina* de Ravisius Textor, les *Adages* et *Apotegme* d'Erasmus et enfin *De miraculis oculis naturae et de vita recia instituenda* de Lavinus Lemnius évitaient à l'auteur de se référer aux textes et lui conféraient une érudition de seconde main, mais presque toujours exacte<sup>48</sup>.

Son tantas las referencias a situaciones melancólicas, sean melancolías amorosas, temperamentales, reales, fingidas, que se hace difícil no buscar qué otros libros, además de las comedias que escribió «han divertido melancolías y honestado ociosidades»<sup>49</sup>.

Pienso, sobre todo, en los locos que en su obra han sido antes melancólicos, en las veces en que los personajes dicen que son víctimas del frenesí, que no siempre es locura, en los locos fingidos que se conducen como verdaderos locos, pero que antes han sufrido de melancolía, a veces amorosa. Sin duda difieren unos de otros y aunque aquí no me ocupo de ello creo que vale la pena ir teniendo en cuenta lo que dice el pensamiento médico de la época<sup>50</sup>.

Cuando se piensa por ejemplo en las dos actitudes de Rogerio, el considerado como el melancólico más ilustre de la galería tirsiana, tan pasiva e indiferente unas veces y tan empeñosa y apasionada otras, no se puede dejar de recordar el pensamiento aristotélico que defendía que la bilis negra podía con facilidad ponerse muy caliente o muy fría, marcando así tanto los rasgos del carácter como la posible enfermedad. Si Rogerio en algunos momentos, casi siempre,

<sup>47</sup> Pallares, 1991.

<sup>48</sup> David-Peyre, 1979.

<sup>49</sup> Tirso, *Cigarrales de Toledo*, p. 108.

<sup>50</sup> Por ejemplo, Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 140-43, «Desvarío, locura, frenesí, hidrofobia, licanotropía, baile de San Vito, éxtasis».

reacciona mesuradamente, como sabio que es, otras, reacciona como un colérico. Que el melancólico tenía una vida espiritual tensa estaba ya en la literatura médica de la Antigüedad<sup>51</sup>.

Como indiqué más arriba, tanto la salud como la belleza proceden del equilibrio e interacción armoniosa, así como de la proporción de y en los cuatro humores. Así desde la Antigüedad hasta el Siglo de Oro. Esta tesis fue defendida por Alcmeón de Crotona, sistematizada por Galeno, aceptada en los siglos XVI y XVII y vivió hasta el XVIII<sup>52</sup>. El temperamento templado suponía la circunstancia óptima de salud y sería el resultado del equilibrio de los cuatro humores y sus cualidades respectivas. Pero este equilibrio no es estable, y, además, se da raramente:

Pues como aquel supremo gobernador vio que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporción destes cuatro humores, y la enfermedad cuando se destemplan, creciendo o menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno de estos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase o hiciese<sup>53</sup>.

La belleza nace también de la armonía de calidades y humores, así lo piensan los médicos y así lo piensa doña Jerónima, médico doctor Barbosa, siguiendo a Galeno:

Claro está;  
que cuando se proporcionan  
de las cuatro calidades  
los cuatro humores dan forma  
a la belleza apacible  
buen talle y gentil persona. (vv. 1591-96)<sup>54</sup>

Después volveré a esto. Estos humores eran la salvaguarda del cuerpo:

Un humor es una parte líquida o fluida del cuerpo, comprendida en él, para su preservación<sup>55</sup>.

Son los humores sanos los que salvaguardan el cuerpo, los enfermos provocan la enfermedad pues tienen

<sup>51</sup> R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, pp. 39-135.

<sup>52</sup> Ver Vintró, 1969.

<sup>53</sup> Fray Luis de Granada, *Introducción del símbolo de la fe*, p. 192.

<sup>54</sup> Citaré la comedia por la edición de Oteiza en las publicaciones del Instituto de Estudios Tirsiánicos.

<sup>55</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 148.

diversas afecciones por las cuales se distinguen unos de otros y de los humores adventicios, corruptos o enfermizos<sup>56</sup>.

Algunos médicos añaden a estos cuatro humores el suero –que es la materia de la orina y los humores excrementosos de la tercera cocción–, el sudor y las lágrimas<sup>57</sup>.

Según la naturaleza de los humores y el equilibrio de estos en sí mismos o unos con otros, será el estado de salud o de enfermedad. Los caracteres básicos de cada humor son definidos por Burton así<sup>58</sup>:

La sangre es un humor cálido, dulce, templado y rojo, preparado en las venas meseraicas, y hecho en las partes más templadas del quilo en el hígado, cuyo oficio es alimentar a todo el cuerpo para darle fuerza y color. Se dispersa a través de las venas a todas sus partes. De ella se crean los espíritus en el corazón, que después, por medio de las arterias, se comunican con las otras dos partes.

La pituita o flema es un humor frío y húmedo criado en las partes más frías del quilo (o jugo blanco que sale de la carne digerida en el estómago), en el hígado. Su oficio es alimentar y humedecer los miembros del cuerpo, que como la lengua, se mueven, para que no estén demasiado secos.

La cólera es caliente y seca, amarga, creada en las partes más calientes del quilo y unida a la hiel. Ayuda al calor natural y a los sentidos y sirve para la expulsión de los excrementos.

La melancolía, fría y seca, espesa, negra y amarga, creada de las partes más hecientes del alimento y purgada del hígado, es un freno para los otros dos humores calientes, la sangre y la cólera, los mantiene en la sangre y alimenta los huesos.

La sangre es, pues, caliente y húmeda; la cólera cálida y seca; la flema húmeda y fría, la melancolía fría y seca:

Porque a la frialdad corresponde la flema, a la humedad la sangre, al calor la cólera, y a la sequedad la melancolía [...]. Y así para la flema sirven los tres meses de invierno, que son fríos como ella, y para la sangre los tres de verano que son templados como ella y para la cólera los tres de estío que son calientes como ella, y para la melancolía los tres de otoño que son secos como ella lo es, y así en cada uno destos cuatro tiempos reina y predomina cada uno destos cuatro humores<sup>59</sup>.

<sup>56</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 148.

<sup>57</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 148.

<sup>58</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 148: «División del cuerpo: humores y espíritus».

<sup>59</sup> Fray Luis de Granada, *Introducción del símbolo de la fe*, p. 192.

La sequedad del temperamento melancólico hace al hombre in-comunicable. Lo vemos al tratar de la soledad:

El que no es comunicable  
no es hombre, según Platón,  
y siguiendo su opinión,  
te hará tanta sequedad  
bruto por la voluntad,  
aunque hombre por la razón<sup>60</sup>.

La melancolía se manifiesta en múltiples modos:

Los signos habituales que aparecen en los cuerpos de los que son melancólicos son estos: son fríos y secos o son calientes y secos, según esté el humor más o menos adusto. De estas primeras calidades puede surgir una segunda, la del color: negro, tostado<sup>61</sup>.

El médico Juan Méndez Nieto cura en el Nuevo Mundo algunos casos de melancolía y de diversas fiebres y enfermedades. Recoge una vez el vómito de un enfermo en una fuente:

comienza a echar en ella humor amarillo requemado, que más parecía leonado que amarillo, y este sin mezcla alguna de comida [...]. Luego echó otro golpe de humor verde [...] y a la postre gran cantidad de humor melancólico, negro que resplandecía como betún de espaderos<sup>62</sup>.

Los humores no «viven aislados»; el otro componente importante son los espíritus. Humores y espíritus viven en una serie de correspondencias, no solo entre ellos, sino también en relación con el universo. Qué sean los espíritus es objeto de discusión entre médicos y filósofos. Pero no entro aquí en ello.

El espíritu es un vapor sutil que se produce de la sangre y es el instrumento del alma, para realizar sus acciones, un lazo común o medio entre el cuerpo y el alma<sup>63</sup>.

No puede ser de otra manera, pues la entidad del hombre está formada por cuerpo y alma:

Los espíritus vitales son propios instrumentos del alma: todos los movimientos y afectos del alma se representan y lo venimos a entender por el movimiento de los espíritus<sup>64</sup>.

<sup>60</sup> Palabras de Pinaro a Rogerio, *El melancólico*, p. 54. Ver Müri, 1953.

<sup>61</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 367.

<sup>62</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 87.

<sup>63</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 49.

<sup>64</sup> Velásquez, *El libro de la melancolía*, p. 313.



Los espíritus son de tres tipos<sup>65</sup> de acuerdo con las partes principales, el cerebro, el corazón y el hígado. La sinopsis podría ser así:

a) Espíritus naturales: se crean en el hígado, pasan a las venas y hacen las acciones naturales.

b) Espíritus vitales: se hacen en el corazón y pasan a las arterias, que los distribuyen a las demás partes; si se acaban estos espíritus, se acaba la vida.

c) Espíritus animales: se forman de los vitales, se crían en el cerebro, se difunden por los nervios hasta los miembros subordinados, dan sentido y movimiento a todos<sup>66</sup>.

La interacción de los humores y los espíritus vitales son básicos en la enfermedad melancólica.

La melancolía podía residir en lo material –si es uno de los cuatro humores– o si es inmaterial o adventicia residiría en los espíritus. Esto llevaría a definir la naturaleza de la melancolía. Conviene recordar que el concepto de humores y espíritus con el que se mueve el pensamiento del siglo XVII fue muy discutido:

Paracelso rechaza esto totalmente y se burla de esta división de los cuatro humores y complejiones, pero nuestros galenistas la aprueban generalmente<sup>67</sup>.

Los humores «tienen cierta analogía con los cuatro elementos y con las cuatro edades del hombre»<sup>68</sup>. De la relación de elementos, humores y sus órganos resulta el siguiente cuadro:

Elementos	Cualidades	Humores	Temperamentos	Órganos
fuego	cálido	sangre	sanguíneo	corazón
tierra	frío	melancolía	melancólico	bazo
aire	seco	bilis	colérico	hígado
agua	húmedo	flema	flemático	cerebro

Del predominio de una de las cuatro cualidades elementales, y otras dos equilibradas resultan los cuatro temperamentos simples: cálido, seco, frío y húmedo<sup>69</sup>.

<sup>65</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 149.

<sup>66</sup> Ver Fray Luis de Granada, *Introducción del símbolo de la fe*, en especial los capítulos XXVII y XXVIII.

<sup>67</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 176; ver también pp. 174-76.

<sup>68</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 148.

<sup>69</sup> Ver Serés, nota en p. 573 de su edición de *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, y compárese también p. 251: «Cuando surge el desequilibrio –las razones son múltiples y ahora no entro en ello– aparece la enfermedad. Cuando los cuatro elementos, agua y fuego especialmente, entran en la composición del cuer-

Solamente quiero hacer notar en lo que se refiere a la melancolía, la presencia de los planetas, de los vientos, de las estaciones del año, de las partes del mundo y de las edades del hombre. Para la melancolía tenemos que contar con Saturno, el otoño, la vejez, el bóreas y el septentrión. De todos los cuadros que he manejado el más interesante y completo es el que ofrece Rico<sup>70</sup>, de Jerónimo Cortés, *El non plus ultra del lunario y pronóstico perpetuo*, que abrevio a continuación:

Cualidades	Caliente y húmeda	Caliente y seca	Fría y húmeda	Fría y seca
4 elementos	Aire	Fuego	Agua	Tierra
4 partes del mundo	Mediodía	Occidente	Oriente	Septentrión
4 vientos	Meridiano	Poniente	Levante	Tremontana
4 partes del año	Primavera	Estío	Invierno	Otoño
4 humores	Sangre	Cólera	Flegma	Melancolía
4 edades del hombre	Niñez	Juventud	Vejez	Decrepitud
Calidad de los signos	Géminis	Aries	Cáncer	Taurus
	Libra	Leo	Scorpius	Virgo
	Aquarius	Sagittarius	Piscis	Capricornius

Las distintas lecturas de este cuadro llevan casi a tener que leer verdaderos tratados. Yo anoto solo, de entre las posibles lecturas, las que me interesan hoy. Como señala Burton:

De las estaciones del año, el otoño es la más melancólica. De las edades peculiares, la vejez –la melancolía es un accidente casi inseparable de ella–, pero esta enfermedad artificial es más frecuente en los que son de una edad mediana. Algunos señalan los 40 años<sup>71</sup>.

Pero sobre la edad de los melancólicos el desacuerdo es grande. Para algunos médicos y filósofos no es cuestión de edad:

Generalmente, dice Al-Razi, los ingenios más agudos y los espíritus más generosos están expuestos antes que otros a ella<sup>72</sup>.

---

po humano en igual peso y medida, se hace el ánimo prudentísima y de muy gran memoria; pero si el agua vence al fuego, queda tarda y estulta».

<sup>70</sup> Rico, 1970, p. 165.

<sup>71</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 175.

<sup>72</sup> Citado por Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 175. Para no salir de la época pensemos en Fray Luis de León, en Juan Antonio de Guevara, en Felipe II. Ver Bartra, 1998, pp. 54-68: «La enfermedad cortesana». Hay que pensar también en las complexiones: «y por el contrario, los humores que endurecen las carnes son cólera y melancolía; y de estos nace la prudencia, sabiduría que tienen los hombres». La afirmación es de Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, p. 365.

Los humores y los temperamentos están sometidos al influjo de los planetas, pues se encuentran bajo su signo; Saturno está asociado con la melancolía, Júpiter con la sangre, Marte con la cólera y la Luna con la flema<sup>73</sup>. Hay que recordar que en el siglo XVII la astrología tiene credibilidad y hay que contar con la influencia de los astros, pero las estrellas no actuarán sin la permisión divina.

Burton dedica la segunda parte del volumen primero de su *Anatomía de la melancolía* a las causas de la misma<sup>74</sup>. Yo emplearé en este trabajo solamente aquellas que toquen a los dos melancólicos de los que me ocupo. Lo mismo haré con las doscientas y pico del volumen segundo dedicadas a la curación de la melancolía; esto es, a los remedios. Otras fuentes las señalaré en las notas.

#### TIRSO Y LOS MÉDICOS

Los médicos aparecen en la obra de Tirso, ya sea como referencia a la autoridad médica o ya sea en lo que es el gran tema de la crítica del siglo XVII a los médicos, en la que Tirso no se queda atrás.

Aquí solamente interesa el primer tipo de referencias. Los médicos citados en *El amor médico* son: Galeno (vv. 1598, 1782, 1854, 2116, 2445), Hipócrates (vv. 1836, 2447), Calianacte (Caliantes, v. 1854), Erasístrato (v. 2356), Oribasio (v. 2451), Antonio Musa (v. 2454), Filipo de Acarnania (v. 2454)<sup>75</sup>. Claro está que también es citado el doctor Barbosa a quien llaman «Hipócrates capón» (v. 2118).

No tengo registrado los médicos que aparecen en la obra de Tirso, y por lo tanto no sé todavía si sus afirmaciones tienen base médica o solamente base lúdica. Unos son mencionados por criados y otros por padres<sup>76</sup>.

<sup>73</sup> Para todo lo referente a Saturno remito a R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991. Ver la segunda parte, «Saturno, astro de la melancolía», pp. 137-214.

<sup>74</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 183-396.

<sup>75</sup> Ver las notas de Oteiza a los pasajes correspondientes.

<sup>76</sup> Solamente unos ejemplos: por analogía con Tello hay que recordar a Caranchel en *Don Gil de las calzas verdes* quien menciona a Hipócrates (v. 313), a Rhazés, a Avicena (v. 328) y a Galeno (vv. 292, 346 y 355). También hay que recordar a Pinzón, quien cita a Hipócrates, a Avicena, a Dioscórides a través del doctor Andrés Laguna, en *La fingida Arcadia*, p. 122. Casilda, en *Los lagos de San Vicente*, está enferma —¿melancolía?, ¿tristeza?— y su padre el rey moro busca remedio: «Arabia médicos da / por ser patria del primero; / pero la salud Alá. / Un Avicena ha ofrecido / Córdoba, en ella han nacido / un Rasis, un Almanzor; / mas fue su fama mayor / que sus efectos han sido. / Alí.- Hipócrita es el que

En relación con un posible estudio sobre qué tipo de fuente son estos médicos en la obra de Tirso quiero recordar que todos ellos fueron editados, explicados, traducidos, comentados a lo largo de los siglos XVI y XVII y hasta en el siglo XVIII. Así, por ejemplo Francisco Vallés y Cristóbal de Vega editaron en el siglo XVI a Hipócrates. En el XVIII lo edita el famoso médico valenciano Andrés Piquer.

Uno de los amos de Caramanchel, médico poco ejemplar, empleaba algo de su día «en ver los expositores / de sus Rasis y Avicenas»<sup>77</sup>. ¿Conocía Tirso estos expositores?, ¿manejaba los originales? Habrá que poder contestar a estas preguntas, si no se ha hecho ya.

Tirso cita también en *El amor médico* a los filósofos naturales que se ocuparon de la salud: Filón (v. 1784), Platón (v. 1789), Heráclito (v. 1819); Platón es citado también en *El melancólico*. Según Sánchez Granjel en la lectura habitual de los médicos del Seiscientos figuran las obras de Hipócrates, de Galeno y de Avicena, así como versiones y comentarios de la obra de Galeno<sup>78</sup>.

En 1607 escribe Juan Méndez Nieto, ya anciano de 76 años, sus *Discursos medicinales*; cuenta que de joven estudiante, estando su padre enfermo de hidropesía, llamó a su maestro el doctor Aldrete y también a sus maestros los doctores Cubillas y Cartagena. Le pide a su maestro Aldrete que le aconseje a qué médico de los antiguos puede acudir para informarse sobre la enfermedad. El maestro le contesta en general:

En lo que toca a causas, método y cosas universales Galeno, Paulo y Aecio, médico, son los mejores; pero en remedios particulares los árabes le hacen ventaja y, entre ellos, Avicena y Rasis son los mejores. Mas no tenéis necesidad de leer sino los modernos latinos, que ellos refieren todo lo que los otros dicen y destos buscad a Leonelo Faventino y a Mateo de Gradi y Gainerio, que esos bastan<sup>79</sup>.

Méndez Nieto usará para curar la melancolía la receta de otro médico, Benedicto Victorio Faventino<sup>80</sup>. Nos dirá también que al abandonar sus estudios de Leyes, cambió sus libros por los de medicina,

---

ignora / efectos de su doctrina. / Rey.- Dices bien, pues siendo ahora / morisca la medicina / no la halle la infanta mora» (p. 37).

<sup>77</sup> *Don Gil de las calzas verdes*, vv. 327-28.

<sup>78</sup> Sánchez Granjel, 1978, cap. VIII: «La medicina clínica». Ver del mismo, 1972 y 1974, pp. 261-71.

<sup>79</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 23.

<sup>80</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 487.

por unos Galenos y Avicenas y las obras de Hipócrates, que eran los que al presente se leían y de los que yo tenía noticia<sup>81</sup>.

No quiero dejar de mencionar el nombre del fascinante médico que fue el doctor Andrés Laguna a quien continuamente acudimos en sus comentarios a Dioscórides.

#### LA MELANCOLÍA DE DOÑA ESTEFANÍA

Es muy posible que haya una base melancólica heredada en la complexión de doña Estefanía; al menos, así lo admite su padre, don Íñigo. Pero su melancolía es amorosa aunque ella oculte su causa<sup>82</sup>. Todas sus afirmaciones son falsas cuando se refiere a su melancolía. Su entorno, sin embargo, cree que está enferma. Así pues, sobre esta melancolía opinan dos grupos de personas. Como es habitual en el teatro de Tirso, una vez más el triángulo conspirador funciona: el lector/espectador sabe que la enfermedad de Estefanía es fingida; su entorno cree que es real; alguno de entre ellos sospecha o duda.

Por todo esto la opinión procede de dos campos: el familiar que cree en la enfermedad y el médico que no cree en ella porque sabe de qué se trata, pero que hace como si creyera que es tal enfermedad y por ello el doctor Barbosa (doña Jerónima) la considera como una enferma. Según Sancho de San Román, doña Jerónima, el doctor Barbosa, se conduce como un verdadero médico de la estirpe de Galeno y «se comporta como un legítimo médico psicósomático durante la interesante y dilatada visita»<sup>83</sup>.

Hoy me interesa ver la relación comedia-medicina, esto es, lo que dice Tirso sobre la enfermedad. Me centro en las opiniones de los que consideran que doña Estefanía está de verdad enferma de melancolía: don Íñigo, don Gaspar –este solo en parte– y el doctor Barbosa, que actúa como si creyera en la enfermedad; no cree en ella, pero, como se verá, diagnostica en la línea de los médicos.

Como, en realidad, se trata de una melancolía amorosa, ya sabemos cómo se cura: con la presencia de la persona amada (vv. 1746-49) y el logro del amor. En este caso, de solución difícil. Así pues la melancolía de Estefanía tiene dos lecturas: una la que suministran las ideas generales de la época sobre la enfermedad y otra la

<sup>81</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 19.

<sup>82</sup> En mi trabajo de 1991 he señalado que el tipo de melancolía amorosa es el más rico y abundante en la obra de Tirso.

<sup>83</sup> Sancho de San Román, 1960, p. 14.

que se muestra a través del diagnóstico médico con sus rasgos «científicos».

Doña Jerónima, reacia al matrimonio, decide estudiar medicina, pero se ha enamorado –no entro en su trayectoria amorosa– del huésped que su hermano don Gonzalo tiene en su casa sevillana y que después de haber estado un mes en ella no se ha interesado en absoluto por Jerónima. Es don Gaspar, quien oficialmente no sabe de la existencia de la hermana de su amigo. A pesar de la insistencia de doña Jerónima, ayudada por Quiteria para atraer la atención de don Gaspar, no lo logra. Este ha abandonado Toledo como consecuencia de su amor frustrado con doña Micaela, dama toledana<sup>84</sup>.

Don Gaspar decide marchar a Portugal. En Coimbra goza del favor de su tío, embajador de España en Portugal, quien además le ha prometido a su hija Estefanía. En una calle de Coimbra don Gaspar se encuentra con un amigo toledano, don Rodrigo, que ha llegado a la corte portuguesa a pretender y que se prenderá de la belleza de Estefanía.

Estefanía muestra gran desvío hacia don Gaspar, pues se ha enamorado de un médico, amor que no desea confesar<sup>85</sup>. Este médico no es otro que doña Jerónima, que en seguimiento de don Gaspar y amparada en sus estudios de medicina aparece como el prestigioso doctor Barbosa: llegará a obtener su cátedra con brillo y será nombrado médico de cámara de la reina.

El doctor Barbosa visita a Estefanía: esta le expone sus dolencias, en clave amorosa que bien comprende el médico, pero responde en clave médica. Jerónima será, además del doctor Barbosa, una hermana suya (doña Marta) y la dama de don Gaspar; mediante sus bien ingeniados enredos doña Jerónima logrará su meta: el amor de don Gaspar. Don Íñigo, el padre de Estefanía, la ve triste:

ÍÑIGO	Paréceme, Estefanía que estás triste.
ESTEFANÍA	Causaralo, señor, el tiempo que es malo y engendra melancolía. (vv. 1401-05)

Una melancolía que, de momento, pudiera interpretarse como tristeza a causa de la peste que asola la región, como afirma la da-

<sup>84</sup> Prescindo de todo detalle ajeno a la relación médico-enferma; así pues no ofrezco el asunto de la comedia. Remito a la excelente introducción de Oteiza a su edición, en especial a las pp. 30-34.

<sup>85</sup> Se trata de un tema de clase social; comp. vv. 1476-1516.

ma. Ya he indicado que no cualquier tristeza puede llamarse melancolía. Melancolía y tristeza no son sinónimos, aunque dada la polisemia de la voz «melancolía» a veces pudiera parecerlo. La tristeza no es melancolía, pero es señal visible de ella:

GASPAR            El alma prima, que os di,  
                              viéndoos triste, está quejosa,  
                              [...]  
ESTEFANÍA        La tristeza me entretiene. (vv. 1427-37)<sup>86</sup>

El temor y la tristeza es lo que hace a las personas verdaderamente melancólicas, como afirma Ferrand:

«Si persisten el temor y la tristeza se convierten en melancólicos» dice en sus *Aforismos* el padre de la medicina, ya que estas dos pasiones del espíritu enfrían y resecan el cuerpo, sobre todo el corazón: sofocan y apagan el calor natural de los espíritus vitales y causan los estados de insomnio inmoderado, alteran la digestión, espesan la sangre y la vuelven melancólica<sup>87</sup>.

Fray Luis de León, que también cita a Galeno y a Aecio escribe:

sabido es lo que el padre de los médicos dice, «que la melancolía a los que fatiga los hace tristes y muy temerosos y de ánimo vil». Unos, dice, temen a los más amigos; otros se espantan de cualquier hombre que sea; este no osa salir a la luz; aquel busca lo oscuro y lóbrego [...] y como la melancolía sea de muchas diferencias pero en todas es común y general el hacer tristeza y temor, que todos los melancólicos se muestran ceñudos y tristes<sup>88</sup>.

El consejo que da don Íñigo a su hija de no pensar en los males (vv. 1406-12), porque el hacerlo aumenta el temor (consejo general), vale también para los melancólicos. La imaginación es poderosa:

<sup>86</sup> Comp. Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 173: «El temor y la tristeza son los verdaderos caracteres e inseparables compañeros de la mayoría de los melancólicos, aunque no todos»; ver también en pp. 172-73, «Definición de la melancolía. Nombre y distinción», y la opinión de Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 351.

<sup>87</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 46; ver Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 260-61: «El temor como causa».

<sup>88</sup> Fray Luis de León, *Exposición del libro de Job*, 6, 4. Fray Luis era un melancólico. Ver Rubio, 1992.

y de entender los médicos cuán poderosa es la imaginación en las cosas, aconsejan a sus enfermos si están afligidos, que no imaginen en el mal que padecen<sup>89</sup>.

La enfermedad puede tener su origen en causas extrañas como la calidad del agua o de la comarca, lo que va muy bien a la disculpa de Estefanía, pues, como también afirma Burton, los malos aires pueden ser causa de la melancolía<sup>90</sup>.

Don Íñigo aconseja a su hija, según las ideas habituales, sobre la necesidad de distracción y de ocuparse en algún quehacer; los consejos de los médicos eran distracción y ocupación. La preocupación puede alejarse saliendo al campo:

Coimbra tiene frescuras,  
su río alegres riberas;  
cuando divertirte quieras,  
si frecuentarlas procuras,  
podrás divertir cuidados  
que aumenta la ociosidad. (vv. 1413-18)

Tirso se ha referido otras veces a la melancolía causada por el ocio y el temor:

Suele el preso entretener  
la pena y melancolía  
que el temor y el ocio cría,  
ya en jugar y ya en leer.  
(*La Santa Juana. Segunda parte*, p. 295)

Ante el pasaje completo que estoy comentando de *El amor médico*, vv. 1403-17, parece que estuviéramos oyendo a doña Oliva Sabuco de Nantes:

Finalmente más daño hace el temor que no la cosa temida cuando llega. Y cuando este efecto no mata, también derriba su parte de humor y lo hace vicioso para delante, y el humor que engendra es melancolía, la cual hace gran daño a los mortales, aunque no los mata sino a la larga. Pone tristezas en el cerebro y corazón, hace enojarse mucho, de lo cual vienen daños [...] y esta melancolía acarrea desesperación. Tiene remedios, que son: el primero como está dicho conocerle la condición y naturaleza, para no darle crédito. El segundo es alegría, buen olor,

<sup>89</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 313. Sobre las causas del miedo y la tristeza relacionadas con el color del humor, ver pp. 350-51. En esta opinión coinciden otros médicos cuyas citas dejo de lado; sobre el poder y la función de la imaginación discuten médicos y filósofos.

<sup>90</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 237-40; ver también Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 86.



música, campo, el sonido de árboles y agua, buena conversación, tomar placeres y contentos por todas vías<sup>91</sup>;

ÍÑIGO            Haz que te pongan el coche;  
sal a pasearte al río.  
(*El amor médico*, vv. 1464-65)

ÍÑIGO            ¿por qué al campo no saldrás,  
si en él la eficacia ves  
con que divierten sus flores  
y alegran sus aires puros?  
(*El amor médico*, vv. 1531-34)<sup>92</sup>

Como Oliva Sabuco de Nantes, también el doctor Pedro Mercado recomienda

el uso de buenos aires y recreaciones buscando riberas de ríos, huertas, música y lo demás que suele ser apacible a los ánimos [...] el ejercicio templado por lugares deleitosos, como huertas, riberas, fuentes y todo lo que suele alegrar el ánimo<sup>93</sup>.

Hay otros muchos melancólicos en la obra de Tirso que buscan el campo. He aquí algunos ejemplos:

Mi mal  
me obliga a divertimientos  
del campo. (*El melancólico*, p. 134)

Si melancólica está,  
sus penas divertirá  
el ganado, el campo, el río.  
(*La venganza de Tamar*, p. 112)

Desde agora  
será vuestra la mitad,  
y toda entera también  
para cuando algunos días,  
venciendo melancolías  
que los tráfagos os den  
de la corte, andéis cazando  
y lleguéis a esta alquería,  
que honráis. (*La ninfa del cielo*, comedia, p. 443)

<sup>91</sup> O. Sabuco de Nantes, *Coloquio del conocimiento de sí mismo en el cual hablan tres pastores filósofos en vida solitaria, nombrados Antonio, Velonio y Rodonio*, p. 337.

<sup>92</sup> No siempre el campo alegra al melancólico: comp. vv. 1537-38.

<sup>93</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

Las flores siempre tuvieron  
sobre la melancolía  
jurisdicción; dice aquesto  
Hipócrates. (*La fingida Arcadia*, p. 122)

el campo al triste entristece  
como la música. (*El amor médico*, vv. 1537-38)<sup>94</sup>

La medicina de la época considera la ociosidad como una de las causas de la melancolía. Esta idea está enraizada no solo en los médicos, sino en general entre la gente. La ociosidad como causa de la melancolía preocupa a Santa Teresa; ella se siente madre con sus monjas, pero se muestra muy severa con las melancólicas, no por ellas en sí sino por el peligro que suponen para la comunidad. Por ello dice: «Y si algún remedio hay para sujetarlas es que hayan temor»<sup>95</sup>.

La Santa teme la melancolía porque hace de las almas terreno abonado para las tentaciones del demonio:

Yo he miedo que el demonio debajo de este humor, como he dicho, quiere ganar muchas almas. Porque ahora se usa más que suele; y es que toda la propia voluntad y la libertad llaman ya melancolía<sup>96</sup>.

Los médicos, como he indicado, tienen sus dudas, pues podría ser la ociosidad el «cojín del demonio, su almohada y principal reposo»<sup>97</sup>. La alegría del diablo al encontrarse con un espíritu melancólico era enorme por la vulnerabilidad de estos espíritus. La idea preocupa tanto a los médicos como, por ejemplo, a Santa Teresa. Pero no entro en el tema demonio-melancolía. Aunque los médicos estén seguros de que el «demonio se alegra con el humor melancólico» su ortodoxia les permite esperar que, como instrumentos de la Divina Providencia, pueden actuar contra él:

Y a esta causa tengo por gran remedio vuestro la ocupación y trabajo corporal; y por muy malo dejar vuestros negocios por ocuparos en vuestras imaginaciones, porque desenfrenáis al demonio para que con mayor diligencia os persiga<sup>98</sup>.

<sup>94</sup> Otros ejemplos pueden verse en mi trabajo de 1991, p. 275.

<sup>95</sup> *Libro de las fundaciones*, p. 167. El capítulo VII está dedicado a la melancolía: «De cómo se han de haber con las que tienen melancolía. Es necesario para las perladas» (pp. 166-74).

<sup>96</sup> *Libro de las fundaciones*, p. 171.

<sup>97</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 241.

<sup>98</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 394. Sobre el diablo y la melancolía no recojo material aquí, remito como orientación al apartado quinto: «El baño del diablo», pp. 68-91.

También teme la Santa la melancolía porque la considera, además de incurable, contagiosa:

La otra es, porque con otras enfermedades o sanan u se mueren; de esta, por maravilla sanan ni de ellas se mueren, sino vienen a perder del todo el juicio que es morir para matar a todas<sup>99</sup>.

Por ello el gran remedio es rehuir la ociosidad, ocuparse en algo:

Y han de advertir, que el mayor remedio que tienen, es ocuparlas mucho en oficios, para que no tengan lugar de estar imaginando; que aquí está todo su mal<sup>100</sup>.

La Santa confiesa, incluso, que prefiere no admitir como monjas a las melancólicas:

me han mucho pedido diga algo de cómo se han de haber con las que tienen humor de melancolía; y porque, por mucho que andamos procurando no tomar las que le tienen, es tan sutil que se hace mortecino para cuando es menester y así no lo entendemos hasta que no se puede remediar<sup>101</sup>.

La Santa habla de una melancolía que no ha llegado a la locura, pero tal vez fuera preferible esta a aquella:

Parece que si no hay más razón, que es ser locos; y es así. Mas en las que ahora hablamos, no llega a tanto el mal; que harto menos mal sería<sup>102</sup>.

Burton recoge muchas opiniones sobre los peligros de la ociosidad como causante de la melancolía<sup>103</sup>:

Es una enfermedad común entre todas las personas ociosas, un compañero inseparable de los que viven descansadamente, tienen una vida sin acción, no tienen un empleo ni un oficio ordinario en los que ocuparse.

Puede tratarse tanto de la ociosidad corporal como mental. Por eso Estefanía promete ocupar sus pensamientos:

Yo procuraré, señor,  
ocupar mis pensamientos

<sup>99</sup> *Libro de las fundaciones*, p. 173.

<sup>100</sup> *Libro de las fundaciones*, p. 172.

<sup>101</sup> *Libro de las fundaciones*, p. 166; recordemos que hay una melancolía especial en las monjas.

<sup>102</sup> *Libro de las fundaciones*, 167.

<sup>103</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 241 y ss.: «La soledad y la ociosidad». Cita en p. 252.

donde no puedan violentos  
acrecentar su rigor. (vv. 1422-24)

Ya me he referido a que en la obra de Tirso hay otros casos de melancolía producida por el ocio. Es verdad que quizá la soledad aumente la melancolía:

Hija, mientras sola estés  
tu tristeza aumentarás (vv. 1528-29),

le dice don Íñigo a su hija. Pero también es verdad que el melancólico se siente a gusto en su soledad. Ya me he referido a esto<sup>104</sup>. En general, el melancólico está bien instalado en su soledad. Y todos sabemos que, a veces, la soledad es la mejor compañía, sobre todo si el melancólico sabe poblar la soledad. De ahí que para la medicina del momento la soledad pueda tener efectos positivos y efectos negativos en el melancólico. Estefanía no va a dar razones de por qué busca la soledad. Para los médicos y los filósofos la búsqueda de la soledad absoluta es precisamente lo que constituye el síntoma de la enfermedad porque va contra la naturaleza del hombre, ser social; el hombre no está hecho para estar solo:

Dijo Aristóteles, el hombre sin amigos no desea vida, y así luego le causa la melancolía y tristeza para ir a la muerte poco a poco, por la disconformidad del alma y cuerpo<sup>105</sup>.

Los amigos son necesarios:

La soledad le es al hombre muy contraria y causa melancolía [...] porque si el alma no tiene en qué emplear su amor natural, que brota para fuera [...] luego se marchita y desmaya, y hace melancolía y tristeza, quedándose como vacía<sup>106</sup>.

Contra esta soledad «despoblada» sí que es necesario buscar remedios. Este tipo de soledad es una especie de ociosidad mental<sup>107</sup>. La soledad va con la ociosidad:

Prima hermana de la ociosidad y causa concomitante que va mano a mano con ella es la excesiva soledad, según testimonio de todos los médicos, causa y síntoma a la vez<sup>108</sup>.

<sup>104</sup> Pallares, 1991, p. 267.

<sup>105</sup> O. Sabuco de Nantes, *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, p. 339.

<sup>106</sup> O. Sabuco de Nantes, *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, pp. 344-45. Recordemos las palabras de Pinardo a Rogerio, *supra*.

<sup>107</sup> Ver Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 242.

<sup>108</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 244 *et passim*.

La soledad de Estefanía es una soledad voluntaria en la que está bien instalada. Quiero señalar, solo de pasada y en breve paréntesis, que también la soledad del melancólico tiene rasgos positivos pues los aquejados de ella son «más aptos para la contemplación y les da un recelo cauteloso»<sup>109</sup>. Burton admite que hay

algún tipo de soledad que se han de admitir, aquella que los Padres tanto recomendaban [...] en tratados enteros, la que Petrarca, Erasmo, Diego de Estella y otros alaban tanto en sus libros. Es un paraíso en la tierra si se usa correctamente<sup>110</sup>.

Cierro este paréntesis porque volveré a este tipo de soledad al referirme a Rogerio y a otros melancólicos parecidos, que si no lo eran se «melancolizaron», como Clemente o Matidia en *Deleitar aprovechando*. Habría que recordar aquí las palabras de Pinardo a Rogerio tomando como autoridad a Platón. Que la soledad es buena también es idea válida tanto para filósofos como para médicos. Es mala para el triste y melancólico y es buena para la persona sana, pues le deja tiempo al buen cristiano:

La soledad hace el contrario efecto de la buena compañía, deriva mal humor en su proporción, hace melancolía y tristeza, da tormento y angustia [...]. La soledad es mala a los tristes y melancólicos y les acarrea más daño que a otros. La soledad es buena para el buen cristiano a sus tiempos y horas, y en ella se halla lo que muchas veces se pierde en conversación<sup>111</sup>.

Don Íñigo disculpará la destemplanza de Estefanía hacia su primo y pretendiente don Gaspar, como consecuencia de la melancolía que Estefanía ha heredado de su madre:

Don Gaspar,  
dejémosla, que es costumbre  
que de su madre heredó  
la tristeza. (vv. 1456-58)

Más tarde don Gaspar sospechará, celoso, que no se trata de una enfermedad heredada.

En la medicina y en el pensamiento de la época una de las causas de la melancolía puede ser la herencia. Burton sigue en esto la doctrina hipocrática. Después de argumentar sobre lo que dicen sus antecesores y contemporáneos, afirma:

<sup>109</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 197.

<sup>110</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 245-46; ver Tirso, *Deleitar aprovechando*, p. 320.

<sup>111</sup> O. Sabuco de Nantes, *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, p. 346.

Por tanto no necesito dudar de que la melancolía es una enfermedad hereditaria. Paracelso [...] lo afirma con palabras claras<sup>112</sup>.

Recoge el testimonio de Rodrigo de Fonseca que ilustra esta afirmación «con un ejemplo de un joven que estaba muy afectado “por tener una madre melancólica”»<sup>113</sup>. Es la misma opinión la de Mercado –dice–: «Luis Mercado, un médico español, en el excelente tratado que ha escrito últimamente sobre las enfermedades hereditarias (*Opera*, tomo 2, libro 5)»<sup>114</sup>.

El color quebrado de Estefanía es propio de la melancolía: «Quebrada estás de color» (v. 1540). El color quebrado es el que ha perdido viveza; es ajar, deslustrar «la tez o color natural del rostro» (*Diccionario de Autoridades*).

Dice Ovidio que «todo amante palidece, es un color que le sienta muy bien a los amantes»<sup>115</sup>. Pero, explica Ferrand, «no hay que entender por pálido un color blanco, ni simplemente una decoloración [...] sino más bien un color mezcla de blanco y amarillo, o de blanco, amarillo y verde, como se precia en las expresiones de Hipócrates».

Claro está que Tello sospecha, o sabe de qué se trata o al menos no cree que se trate de enfermedad melancólica hereditaria, sino más bien de melancolía amorosa. Tirso sabe también, probablemente, que la palidez viene a causa de ella: «pues las mujeres son más frecuentemente atormentadas por estos males que los hombres, dado que del amor proceden los pálidos y macilentos colores, unidos a una fiebre lenta, que nuestros modernos médicos llaman fiebre amorosa». Esto afirma Ferrand que cree en el magisterio de Hipócrates a quien llama «el divino Hipócrates»<sup>116</sup>.

Doña Estefanía le dice a su padre lo mal que se siente. Todos los síntomas que confiesa padecer lo son de enfermedad. Así que ella conoce muy bien los recursos para pasar por enferma ante su padre:

si duermo, imaginaciones  
me despiertan; estoy llena  
de disgustos, como mal;

<sup>112</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 213-17: «Los padres como causa por medio de la reproducción». La cita en p. 213. Ver las notas de Oteiza al pasaje de *El amor médico*.

<sup>113</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 213.

<sup>114</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 214-15.

<sup>115</sup> Citado por Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 74. Ver también pp. 74-75: «Las causas de la palidez de los amantes».

<sup>116</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 25.

aprietos del corazón  
me angustian. (vv. 1547-51)

Los médicos reconocen todos estos síntomas como propios de la melancolía. Las pasiones que desvelan a Estefanía «son pasiones y turbaciones de la mente que causan la melancolía»<sup>117</sup>.

Estas pasiones son propias de la melancolía de las doncellas que, a causa de ellas, no pueden dormir: «Y de ahí procede “un tipo brutal de desvarío”, el sueño atormentado, los sueños terribles por la noche»<sup>118</sup>. Estos desvaríos pueden llevar a la locura<sup>119</sup>.

Las imaginaciones que entran en el sueño desasosegado de Estefanía provienen de la congoja, de todo lo que la angustia:

la melancolía [...] pone tristezas en el cerebro y corazón, hace enojarse mucho, de lo cual vienen daños: pone mala condición, trae falsas imaginaciones y sospechas, pone miedo y congojas falsas y malos sueños, pone cuidados que dan fatigas sin ser menester<sup>120</sup>.

Estas imaginaciones —«propias de los desvelos de los amantes»— no dejan sosiego al alma:

Las causas de los insomnios que afligen a los amantes y les hacen más melancólicos, tristes, delgados y secos [...] son las diversas imaginaciones que fluyen por su cerebro y no dejan reposo alguno al alma<sup>121</sup>.

«Si duermo», dice Estefanía; el insomnio es uno de los síntomas más frecuentes de la melancolía amorosa<sup>122</sup>:

Me conformaré con escribir los remedios adecuados para mitigar dos síntomas más frecuentes y enojosos, que son el insomnio y la delgadez exagerada<sup>123</sup>.

La falta de apetito de que habla Estefanía (v. 1549) procede de la melancolía amorosa como confirma el pensamiento médico-

<sup>117</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 249-51: «Cómo causan la melancolía las pasiones y perturbaciones de la mente».

<sup>118</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 398.

<sup>119</sup> *Tratados hipocráticos*, IV, pp. 328-29.

<sup>120</sup> M. Sabuco de Nantes, *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, p. 82.

<sup>121</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 80.

<sup>122</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, cap. II: «Los síntomas de la melancolía erótica».

<sup>123</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 174. Comp. Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 352: «Estos melancólicos afligidos con tan miserable género de enfermedad pasan más adelante y para su calamidad no en solo estar tristes y tener miedo. Porque son sus imaginaciones tan varias y sus obras tan corrompidas que fuera menester particular libro, si de propósito se hubiera de tratar de ellas»; también en *Tratados hipocráticos*, IV, p. 329.

filosófico. En general, los médicos afirman que los melancólicos tienen mucho apetito, pero que el «hambre insaciable» puede tornarse en «apetito escaso». Del amor proceden

las palpitaciones, hinchazón de rostro, apetito escaso, penas, suspiros, lágrimas sin motivo, hambre insaciable, sed violenta, síncope, opresiones, sofocos<sup>124</sup>.

Los aprietos de corazón no necesariamente proceden de la melancolía, sino más bien de la tristeza acongojada, que puede tener causas diversas: la de doña Estefanía la sabemos, la del paciente melancólico del licenciado Méndez Nieto procede de la verdadera enfermedad. La congoja que oprime puede tomarse como síntoma de melancolía, pues los enfermos «se quejan muchas veces, dice Mercado, de un gran dolor de cabeza o cerca del corazón»<sup>125</sup>. Dice el enfermo de Méndez Nieto:

Lo que yo siento agora es lo que hasta aquí sintía, y es que me viene de cuando en cuando una grande tristeza con un sudor frío y se me aprieta el corazón, de tal manera que me viene gana de echarme a la mar o ahorcarme; y eso me da tan a menudo, mayormente de noche, que ni me deja dormir ni entender en cosa alguna que provecho sea<sup>126</sup>.

Velásquez toma muy en cuenta las opiniones sobre el miedo y tristeza como causas de la melancolía y las discute<sup>127</sup>. Las afirmaciones de Tello están a medio camino entre lo serio y lo lúdico:

¿Palpitación?

Ramo es de gota coral. (vv. 1551-52)

Las palpitaciones las sufren los enfermos de gota coral, esto es, epilepsia, que se origina de una superabundancia del humor negro que oprime el cerebro. Esto hace que, a veces, se asocien la melancolía y la epilepsia, lo que no hace tan disparatada la afirmación de Tello. San Isidoro afirma que «procede del exceso de humor melancólico, subiendo al cerebro»<sup>128</sup>. Melancolía y gota coral están relacionadas:

que de la gota coral se hace la enfermedad que llaman melancolía. Y de esta enfermedad melancolía se hace la gota coral, pero con cierta dife-

<sup>124</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 25.

<sup>125</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 399.

<sup>126</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 483.

<sup>127</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, pp. 345-54.

<sup>128</sup> San Isidoro, *Etimologías*, pp. 103-04. Para otras opiniones de los médicos, ver Orobítz, 1997, pp. 105-08. Una curación de gota coral desde la óptica médica la ofrece Méndez Nieto en *Discursos medicinales*, I, 16, y II, 14.



rencia. Porque la gota coral que se causa por obstrucción de los ventrículos del cerebro, hecha de humor melancólico, puédese terminar en la *melancholia morbus*<sup>129</sup>.

Sí, hay una relación entre corazón y enfermedad; e imaginación-cerebro-corazón-melancolía en sus distintas formas, pero en la doble lectura que ofrece el pasaje, puede verse al margen de la enfermedad, también. En el caso de Estefanía, casi broma de Tello corazón-coral, pero no tanto; es el caso de corazón-corales menos lúdico para Rogerio, ya que él reconoce los corales que le dio a Leonisa en poder de su rival Filipo. Rogerio ignora que la causa no está en Leonisa, sino en el enredo de Firela:

ROGERIO                   Aún estoy peor,  
                                  después, Pinardo, que vine.  
PINARDO                 ¿De qué procede este mal  
                                  tan lastimoso?  
ROGERIO                   Yo creo  
                                  que es, conforme a lo que veo,  
                                  ramo de gota coral.  
FIRELA                    (Ap.) Por mis corales lo dice. (*El melancólico*, p. 125)

Quiero, sin embargo, resaltar la presencia del coral en relación con la melancolía:

Levino Lemnio [...] hace mención, entre otras joyas, de dos muy notables: carbúnculo y coral «que alejan los miedos infantiles, los demonios, hacen superar la pena, y colgados alrededor del cuello reprimen los sueños atribulados»<sup>130</sup>.

No entro aquí ahora en la discusión de si el coral es planta o piedra. Gaspar de Morales discute la opinión de Dioscórides<sup>131</sup>. Para él es planta marina. El coral blanco, en especial, es frío y por esa razón es usado en medicina: «usan los señores médicos dél, para resfriar o restriñir más valerosamente»<sup>132</sup>. En cualquier receta que se vea «coral» debe considerarse, según Gaspar de Morales, que se trata del coral rojo:

Sirve al uso de la medicina el coral colorado contra la epilepsia, si en naciendo la criatura se tomare un escrúpulo del polvo del coral colo-

<sup>129</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 343.

<sup>130</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 212.

<sup>131</sup> Morales, *De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, pp. 296-99.

<sup>132</sup> Morales, *De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, pp. 299-300.

rado, muy sutil, y paladearan la criatura con él, y él la libraré que no caiga en tal contagión<sup>133</sup>.

Alfonso X el Sabio, aunque la considera como piedra, «et fazese como árbol, et semeia a la yerua que dizen yerua marina» admite que el coral negro si se bebe molido «presta [...] a la tremor de corazón, et entra en las melezinas que se dan por alegría»<sup>134</sup>.

Como he señalado más arriba, las «frialdades» (vv. 1553-72) de Tello a las que alude don Íñigo tienen la función de hacer reír, como broma que parecen, pero no lo son tanto y están dentro del parecer de los médicos: la alegría, el provocarla, es un remedio contra la melancolía. Mercado aconseja hacer todo lo que «suele alegrar el ánimo»<sup>135</sup> y Ferrand aconseja que

mientras el enfermo está en el baño, varios autores recomiendan que haya risas y diversión en su habitación, que se toque música y se cuenten agradables fábulas e historias<sup>136</sup>.

Los médicos admiten, incluso algunas tonterías. El grave Burton escribe que «hacer el tonto de tanto en tanto no es un error, hay un tiempo para todas las cosas»<sup>137</sup>. Se autoriza con las fuentes de la Antigüedad, recordando que los griegos «y los lacedemonios, instruidos por Licurgo, sacrificaban al dios de la risa, especialmente después de sus guerras»<sup>138</sup>. Para no hablar de los bufones que distraían las melancolías y preocupaciones de sus reyes y señores.

La alusión de Tello al bazo tiene su razón de ser en que se considera al bazo como sede de la melancolía<sup>139</sup>.

la melancolía que está en el bazo sirve para causar hambre y gana de comer, sin la cual el animal perecería<sup>140</sup>.

Burton en su descripción anatómica de las «partes disimilares»<sup>141</sup> escribe:

<sup>133</sup> Morales, *De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, p. 304.

<sup>134</sup> Alfonso X el Sabio, *Lapidario*, pp. 44-45.

<sup>135</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

<sup>136</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 172.

<sup>137</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 121. Ver también pp. 120-25: «La compañía alegre y jovial y los objetos agradables como remedios».

<sup>138</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 123.

<sup>139</sup> Ver nota de Oteiza al pasaje.

<sup>140</sup> Citado por Orobítg, 1997, p. 21. Ver Fray Luis de Granada, *Introducción del símbolo de la fe*, p. 426.

<sup>141</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 152-55. La cita en p. 153.

La hiel situada en el hueco del hígado le extrae la cólera; el bazo la melancolía. El bazo está en el lado izquierdo, por encima, frente al hígado, semejante a un material esponjoso, lleva la cólera negra a él por medio de una virtud secreta y se alimenta de ello, llevando el resto al fondo del estómago.

El bazo es el asiento de la bilis negra:

la atrabilis, bilis negra o melancolía hipocondríaca, era concebida como un líquido fantásticamente perjudicial para el organismo. Asentada en el bazo, considerándosela como la hez de la sangre<sup>142</sup>.

Que el bazo es la sede de la risa es opinión conocida:

El corazón controla el saber, los pulmones el habla, la hiel causa la ira, el bazo hace nacer la risa, el hígado incita a amar<sup>143</sup>.

La melancolía amorosa se relaciona con la «tercera especie de melancolía», la hipocondríaca, llamada así «porque la infección está en los hipocondrios, que contienen el hígado, el bazo y [...] todas las cuales pueden ser la sede de la melancolía hipocondríaca [...]. Por todo esto podemos relacionar la melancolía erótica con esta última especie»<sup>144</sup>.

No me quiero ocupar aquí de la melancolía amorosa de Estefanía, sino de la que «ven» los otros como enfermedad. En cuanto al remedio que da Tello de casar a Estefanía hace pensar en que intuye o sospecha que se trata de melancolía amorosa, con causante concreto, o bien la melancolía de «estar enamorado del amor». Su opinión está en perfecta consonancia con el pensamiento médico cuando dice:

El más eficaz remedio  
de toda doncella ha sido  
cuatro arrobas de marido  
sin suegra que se entre en medio. (vv. 1564-67)<sup>145</sup>

<sup>142</sup> Escudero Ortuño, 1950, p. 37, nota 27.

<sup>143</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 51. Para la discusión sobre la risa en relación con la opinión de Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*, remito a Velásquez, *El libro de la melancolía*, pp. 315-21.

<sup>144</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 32.

<sup>145</sup> Comp. Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 339: «Pero el mejor y más seguro [remedio] es verlas bien situadas y casadas con buenos maridos a su tiempo» (ver también pp. 397-401: «Síntomas de la melancolía de las doncellas, monjas y viudas»); y *Tratados hipocráticos*, IV, p. 329: «Por eso yo aconsejo a las vírgenes que cuando tengan tales trastornos, enseguida se casen con un hombre, pues si se quedan embarazadas, se curan».

En esta cosmovisión casarse equivale o debe equivaler al goce de la persona amada como muestra la comedia; quizá los médicos no maticen tanto, pero el remedio es el mismo:

Esta opinión se encuentra expresada en nuestro Hipócrates, hacia el final del *Tratado de las enfermedades de las vírgenes*: «todas las jóvenes atacadas por esta enfermedad deberían casarse inmediatamente». También Galeno, hacia el final de los libros divinos que compuso en los últimos años sobre las partes enfermas, así como Avicena<sup>146</sup>.

Ferrand se extiende en cómo solucionar las distintas dificultades, causas por las que se puede o no celebrar un matrimonio, que esta vez no me interesan para el tema de la melancolía<sup>147</sup> porque no me ocupo de la que lleva a la locura.

Así pues, el consejo de Tello, si bien exagerado en función de su papel de criado gracioso, de que Estefanía tenga muchos hijos no es tan disparatado<sup>148</sup>. Tello acaba como los médicos: diagnostica y receta: «Récipe que desto coma» (v. 1568). A juzgar por la reacción de Estefanía y por la conclusión de Tello, este ha dado en el clavo: «En el punto di» (v. 1575). Gracioso o no, todas sus opiniones están avaladas por la opinión médica.

No voy a tratar aquí el perfil de doña Jerónima como enredadora. Sus estudios de medicina le han permitido montar el enredo que, en busca de don Gaspar, la ha convertido en el prestigioso médico doctor Barbosa. No se le oculta al doctor Barbosa cuál es la enfermedad de Estefanía (v. 1588): intuye, sospecha y da por cierto que se trata del amor; diagnostica, sin embargo, como si se tratase de enfermedad. La única persona que sabe con certeza cuál es su melancolía es Estefanía. Ya he aludido a que el doctor Barbosa se conduce en todo este pasaje de la primera visita (vv. 1585-1897) como un verdadero médico, «un legítimo médico psicossomático»<sup>149</sup>.

La visita del doctor Barbosa empieza con la observación sobre la relación salud-hermosura<sup>150</sup>. La idea de que también la belleza resulta de la armonía de los miembros es una vieja idea platónica que atraviesa todo el Renacimiento. Cuando esta armonía falta

<sup>146</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 139.

<sup>147</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, pp. 134-38: «La curación de la melancolía erótica y de la locura amorosa».

<sup>148</sup> Ver la nota de Oteiza al pasaje, vv. 1557-64.

<sup>149</sup> Sancho de San Román, 1960, p. 14.

<sup>150</sup> Remito a las anotaciones de Oteiza al pasaje, correctísimas siempre, y que no recojo y no transcribo por no alargar estas líneas.

surge la fealdad<sup>151</sup>. Son muchas las veces que se encuentra en la obra de Tirso lo de «belleza apacible, buen talle, gentil persona». Cuando el doctor Barbosa dice que la sangre tiene «su esfera propia» (vv. 1601-30) en el hígado reconoce la idea médica de que este es la «factoría de la sangre»<sup>152</sup> en la que tienen lugar diversas operaciones, entre ellas «convertir el quilo en sangre para el alimento del cuerpo». De las distintas cualidades de la sangre depende la enfermedad y la salud; el corazón la distribuye de otra manera, creando los espíritus, que después por medio de las arterias se comunica con las otras partes. La sangre sale del hígado,

Y de allí  
blanca entrando sale roja  
a nutrir todos los miembros  
con los cuales se conforma. (vv. 1605-08)

De ahí que los médicos discutiesen sobre cuál de las tres partes principales era más noble, si el cerebro, el corazón o el hígado<sup>153</sup>.

La sangre bien dispuesta crea espíritus resplandecientes y son los jóvenes sanos y bellos los que poseen esta calidad de sangre. Y por tanto, además de bellos, son alegres:

Como son los mancebos, los naturalmente bien sanos y los sanguinos, cuya sangre se ha de entender sea dulce, muy bien dispuesta, no colérica ni melancólica; porque los que tienen muchedumbre de buena sangre tienen y gozan de mucha copia de espíritus resplandecientes y claros, que alegran el alma<sup>154</sup>.

La sangre está íntegra mientras se es joven, «no está íntegra nada más que en los jóvenes, pues dicen los físicos que va disminuyendo con la edad»<sup>155</sup>.

El espíritu vaporoso que brota de la sangre es causa del mal de ojo, tema en el que ahora no entro<sup>156</sup>. Es en la sangre donde se genera o se contiene el «espíritus» que, en la teoría antropológica vigente en el Renacimiento, constituye el vínculo entre el alma y el cuerpo:

<sup>151</sup> Pensemos en el retrato físico de algunos melancólicos. Ver la nota de Oteiza al v. 1599, donde pueden hallarse autoridades.

<sup>152</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 153 y 148; también en pp. 154-55.

<sup>153</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, pp. 277-78.

<sup>154</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, pp. 318-19.

<sup>155</sup> San Isidoro, *Etimologías*, p. 274, y en la misma página, *sub jecur* ('hígado').

<sup>156</sup> Ver nota de Oteiza a vv. 1624-25.

Era este el «spiritus», que imaginaba como un fluido sutilísimo generado por la sangre, o aun contenido en esta, pero solo actuante en el cerebro<sup>157</sup>.

La sangre joven y delicada es débil a la acción del «spíritus», cuando este es negativo, como en el caso del alojamiento<sup>158</sup>. La sangre tosca es más fuerte, pero es o puede ser, sangre enferma. Por eso en los melancólicos la sangre es espesa, turbia, casi como la hez de la sangre. Remito a las opiniones de Velásquez en su *Libro de la melancolía*, porque, en su brevedad, constituye una puesta al día de la discusión sobre este punto<sup>159</sup>.

La melancolía, continúa el doctor Barbosa (vv. 1636 y ss.), puede producirse por la mala calidad del aire, producida por la peste. Si el aire no es puro produce varias enfermedades, también la melancolía:

El aire es una causa de gran importancia en la producción de esta o cualquier enfermedad, puesto que se introduce en nuestros cuerpos y en nuestras partes más internas por medio de la respiración. «Si es impuro y obscuro, aflige los espíritus y causa enfermedades por la infección del corazón», según lo consideran Pablo de Egina [...], Avicena [...], Galeno<sup>160</sup>.

La *atrabilis* o cólera adusta a que se refiere el doctor Barbosa provoca la soledad, pero no la soledad de la melancolía amorosa o la más sosegada de la temperamental, sino la verdadera enfermedad melancólica, que de no curarla, puede devenir en locura y por ello son necesarios remedios como distracción y pensar en cosas alegres, ideas que he documentado con el pensamiento médico en páginas anteriores, a las que remito para todo lo referente a la *atra bilis* o *atrabilis*:

Si vueseñoría, señora,  
no procura divertirse,  
y imagina estando sola  
tristezas, enfermará,  
que *imaginatio* es axioma  
general que *facit casum*;

<sup>157</sup> R. Klibansky, E. Panofski y F. Saxl, 1991, p. 259.

<sup>158</sup> David-Peyre, 1979, remite en relación con este pasaje a Marsilio Ficino.

<sup>159</sup> Su discusión sobre algunos aspectos del *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan sirve para el tiempo en que se mueve este trabajo, ya que el libro es de 1585.

<sup>160</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, p. 237; ver también en pp. 237-40 «Los malos aires como causa de la melancolía». O. Sabuco de Nantes es de la misma opinión, y esta es general en el pensamiento de la época.

y así será bien que ponga  
con medios preservativos  
atajos a esta ponzoña. (vv. 1646-53)

La imaginación se consideraba importante en su calidad de potencia «rectiva»: «Y de entender los médicos cuán poderosa es la imaginación en las cosas, aconsejan a sus enfermos, si están afligidos, que no imaginen en el mal que padecen»<sup>161</sup>. Velásquez cree que no es tan importante el papel de la imaginación «como vemos que muchos médicos la hacen y Avicena quiso que fuese». En todo caso la idea más extendida es que la imaginación es poderosa y no es aconsejable a los enfermos que se empeñen en imaginar.

La respuesta de Estefanía al médico (vv. 1655-69) tiene que ver con la crítica constante a los médicos en el siglo XVII, en la que Tirso no se queda atrás, como ya he dicho. Estefanía recoge algunas de las ideas tópicas: ocultan su ignorancia con aforismos y latines, son charlatanes y, por lo general, ignorantes. El doctor Barbosa se encargará de demostrar que él no pertenece a ese grupo, sobre todo en su diálogo con don Gaspar, poniendo a este en su sitio en cuanto a su crítica tópica y maligna (¿a causa de los celos?) que hace, y en sus declaraciones a Estefanía (vv. 1750 y ss.).

La calentura a que se refiere Estefanía (vv. 1659-62; vv. 1662-65 y ss.) tiene doble lectura, una referente a los latidos del corazón, señal de amor, y otra al principio elemental en medicina de tomar el pulso al enfermo. Estefanía no tiene fiebre, pero el doctor Barbosa ya ha intuido de qué se trata y, de nuevo, ha de leerse en doble clave: puede llegar a tener fiebre, pues tiene el pulso alterado. Hay un tipo de melancolía con fiebre y otro sin ella. La fiebre melancólica puede acarrear la muerte. Méndez Nieto cuenta de una mujer a quien se le murió el marido:

La música que traía y las galas y bizarría de los criados, todo se volvió en luto y triste planto, y a la doña María le quedó una fiebre lenta, melancólica, que en ocho días la consumió y paró tan delgada, que no la conocieran<sup>162</sup>.

El diálogo que sigue (vv. 1675-99) va dando al lector/espectador las pistas de que la sospecha de Barbosa es fundada. Y, de nuevo, tenemos la lectura en doble clave, la amorosa y la médica, en el dolor de corazón del v. 1675 cuando está sola («sin veros»), o en el

<sup>161</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 113. Ver todo el capítulo quinto de su libro, en el que expone sus opiniones y discute algunas de las de Huarte de San Juan.

<sup>162</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 133.

ahogo por callar ese amor. Lo que le impide hablar no es, desde luego, nada que tenga que ver con la flema. Médicamente sí que tiene que ver con el calor, según las ideas de algunos médicos, aunque, según el doctor Velásquez, esta opinión está superada:

Avicena, a quien sigue toda la común escuela de los bárbaros, dice que hay otra especie de melancolía, o *atra bilis*, la cual procede y se hace por ustiión de la que llaman pituita o flema. Pero porque esta opinión está ya condenada, y averiguada la verdad en contrario, como bastantemente lo prueba Manardo y otros modernos doctísimos y graves, no trataré más de la verdad de ella<sup>163</sup>.

Barbosa se refiere al calor propio de la enfermedad melancólica. No sé si me arriesgo mucho al explicar la «intemperies», destemplanza que diagnostica, diciendo que el médico piensa por un lado en la flema, la flema que produce ahogo e impide hablar, y por otro lado en la naturaleza fría y húmeda del humor flemático y el calor propio del humor melancólico. Ya veremos al pensar en Rogerio que la «sequedad» es la nota predominante, al menos para los otros. Pero ¿es tal sequedad?,

porque los hombres que son calientes y húmedos, estos engendran sangre; los que fríos y secos, o fríos y húmedos, flema. Los que tienen algo más intenso calor que el moderado, melancolía. Y el que lo tiene algo más intenso y quema las partes delgadas, de la sangre, engendra cólera flava. Y aquel que lo viene a tener más intenso, de modo que quema las partes gruesas y las delgadas ya asadas, esta engendra aquella especie de melancolía que dijimos que propiamente los médicos llamaban *atra bilis*<sup>164</sup>.

Probablemente el doctor Barbosa sabe que, según Galeno, la flema no produce melancolía; esto explicaría la destemplanza que él ve en Estefanía.

Cólera y pituita dañan la región del hígado –dice el médico–. Aunque no me ocupo aquí de la melancolía que degenera en locura, me parece que Barbosa insinúa la gravedad a que puede llegar, pues «de las especies de la *atra bilis*, la que más graves y bravos accidentes causa es la que se viene a engendrar por adustión de la cólera flava»<sup>165</sup>:

si alguna vez, por mucha adustión de la cólera que los médicos llaman flava, se viene a hacer mudanza y engendrarse cólera negra, viénese de

<sup>163</sup> *Libro de la melancolía*, p. 327. Ver la introducción de Barrenechea, pp. 229-48.

<sup>164</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, pp. 329-30.

<sup>165</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, p. 336.



este humor así engendrado a hacer la enfermedad que llaman insania, a la cual llaman los griegos manía, con cuyo ímpetu y fuerza se vuelven los hombres poseídos de esta enfermedad, desenfrenados y sin razón, a manera de fieras<sup>166</sup>.

Sobre la dieta «flemagoga» y algo «colagoga», remito a la anotación de Oteiza al pasaje (vv. 1696-97); yo no he encontrado, todavía, en mis lecturas documentación médica ni autoridades. Una vez hecho el diagnóstico, queda solamente poner el tratamiento. La dieta era uno de los medios habituales en la terapéutica de los médicos españoles del siglo XVII. La base de la cura estaba en remediar el exceso de humor nocivo y hacerlo volver a su estado normal de manera que entrase de nuevo en el juego de perfecto equilibrio de cualidades, base de la salud.

El humor nocivo era tratado mediante la expulsión del sobrante, ya fuera provocando el vómito, o mediante la purga –a veces muy violenta–, o bien mediante la sangría o las ventosas. La dieta era el recurso básico y como remedios alternativos estaban los bálsamos, los jarabes y los baños. Con la dieta se trata de reforzar el cuerpo pues,

lo principal que se pretende en los melancólicos es humedecerles y restaurarles el cuerpo, y engordarlos lo posible<sup>167</sup>.

Los alimentos tenían que poder limpiar el cuerpo del humor dañino. En el caso de la melancolía había que pensar en «humedecer» el cuerpo, además de fortalecerlo y procurarle reposo; de ahí la importancia del sueño que humedece el cerebro. Por todo esto son rechazados, por lo general, aquellos alimentos que pueden aumentar el humor negro o que puedan aumentar la sequedad del cuerpo. Además, los alimentos melancólicos

hacen aquel jugo de la raíz principal de aquel cerebro caduco [...] y también ponen congojas y miedos y sospechas falsas [...] traen tristeza, ponen malos sueños congojosos [...] ponen malos pensamientos<sup>168</sup>.

Existe un arsenal de remedios contra la melancolía en relación con la dieta; la variedad de recetas es grande y aunque, en general, coinciden hay discrepancias que señalaré si me da pie el material elegido. Aquí voy a pasar solamente lo que recomienda el doctor

<sup>166</sup> Velásquez, *Libro de la melancolía*, pp. 337 y ss.

<sup>167</sup> Murillo, *Aprobación de ingenios*, fol. 139v (citado por Orobitg, 1997, p. 295).

<sup>168</sup> M. Sabuco de Nantes, *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, p. 237.

Barbosa. En general, me parece que recoge las ideas que eran normales en los diagnósticos y curas de los médicos (vv. 1700-30), al menos en los que he manejado. Entre ellos hay un vasto consenso. Algunos, como Méndez Nieto, son a veces un poco heterodoxos en relación con otros médicos; pero él señala a menudo que habla de su propia experiencia y a veces critica con un dejo de vanidad tanto a sus colegas como a lo establecido. En el momento de ir redondeando este borrador no sé si Barbosa juega o si Tirso juega a veces, y dudo un poco en algún caso de la seriedad de la dieta, que por lo general coincide con la de los médicos. Por ejemplo «las carnes de las aves y los conejos»<sup>169</sup> se desaconsejan en la dieta alimentaria de los melancólicos, por ser considerados como elementos melancólicos. También desaconseja M. Sabuco de Nantes «los manjares que engendran melancolía: como carnes de vaca, cabra, puerco, liebre, ciervo, y de todas las carnes y pescados salados»<sup>170</sup>. La carne de liebre es difícil de digerir y «engendra melancólica sangre, empero es útil a las complexiones flegmáticas, y en las enfermedades frías y húmidas»<sup>171</sup>. Pedro Mercado escribe: «todo se efectúa con seguimiento de comida y bebida [...] huyendo de los manjares que engendran melancolía, como carnes de vaca, cabra, puerco, liebre, ciervo»<sup>172</sup>.

Barbosa coincide en general con la base dietética de los médicos: la melancolía es una enfermedad provocada por la bilis negra –seca y fría– y hay que curarla con alimentos húmedos y cálidos:

que mezcladas unas y otras  
templarán lo seco y frío. (vv. 1712-13)

El enfermo debe comer manjares de calidades entre húmeda y seca. Como los alimentos deben contrarrestar la sequedad que produce la bilis negra tienen que ser, además de húmedos, blandos, no fuertes ni pesados, por ello se rehúyen las especias, sobre todo las fuertes. El pan con anís está admitido<sup>173</sup>, se rechaza, en cambio, el

<sup>169</sup> Ver el inventario de alimentos de Bernardo Gordonio en Orobítz, 1997, p. 302. Ver también su capítulo «Mélancolie et regime: La semiologie des aliments», pp. 301-12. Son interesantes las páginas que Mercado dedica a la dieta para melancólicos por boca de Joancio en sus *Diálogos de filosofía natural y moral*, pp. 387-88. Es tan completa y concreta que bien ayudaría a documentar el pasaje tirsiano.

<sup>170</sup> *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, p. 160.

<sup>171</sup> Andrés Laguna, *Pedazio Dioscórides Anazarbeo*, I, p. 135.

<sup>172</sup> *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

<sup>173</sup> Ver nota de Oteiza al v. 1702.

pan áspero, no hecho con la flor de la harina, aunque alguno recomienda el pan moreno:

La segunda causa [de melancolía] puede ser todo gobierno que multiplique la melancolía: así como lentejas y habas, y otras legumbres y todos los granos que son menudos y el pan con salvado<sup>174</sup>.

El pan con que se comiere ha de ser candial, hecho de la flor de la harina, masado con sal y con anís<sup>175</sup>.

Pero también me gustaría que se alimentara con pan bazo, pan de centeno, cebada, mijo o trigo garzul<sup>176</sup>.

En cuanto a las semillas de anís, son recomendadas para algunas de las enfermedades de la cabeza; recordemos que la melancolía está entre ellas<sup>177</sup>.

Las carnes, dice Barbosa, deben estar «no del todo asadas» (v. 1703) con el fin de contrarrestar la quemazón del humor negro. Así lo recomienda Murillo en su *Aprobación de ingenios*:

Déseles [a los melancólicos] la dicha comida cocida, no asada, por ser astringente de ordinario<sup>178</sup>.

El médico tiene que conocer las propiedades de los alimentos y si deben ser cocidos o asados con el fin de aprovechar al máximo sus cualidades:

Así que a los alimentos fuertes se les priva de su propiedad cociéndolos y enfriándolos varias veces; a los húmedos se les arrebató la humedad pasándolos por las brasas y tratándolos<sup>179</sup>.

La comida de aves era prescrita en las dietas; a la paciente, enferma de melancolía, Dominga Téllez «se le quemó la sangre» y cayó en melancolía; como el bazo no le funciona se le derrama por todo el cuerpo y por la piel, por ello le diagnostican lepra, pero Méndez Nieto, que casi siempre considera a sus colegas bastante ignorantes, la trata de melancolía y la cura prescribiéndole que el primer día «comiese de una ave o pollo una vez al día»<sup>180</sup>. Más tarde, y siguiendo la dieta, beberá «una escudilla de leche cocida, con

<sup>174</sup> Tomado de Orobitg, 1997, p. 302.

<sup>175</sup> Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, p. 632.

<sup>176</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, pp. 125 y ss.

<sup>177</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 208.

<sup>178</sup> Citado en Orobitg, 1997, p. 309; ver Huarte de San Juan, *Examen de ingenios*, p. 634.

<sup>179</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 71; ver además pp. 57-59.

<sup>180</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 517.

granos de sal y dos hojas de yerbabuena»<sup>181</sup>. Se desaconsejan las aves y pescados de carne negra. El melancólico

ha de huir también las cosas melancólicas quien lo ha menester; las cuales aumentan la melancolía, como son las aves que tengan la carne negra, pescados que tengan el lomo negro, como el congrio y la anguila [...] y todas las cosas de vehemente sabor<sup>182</sup>.

Son aconsejados, por el contrario, como hace el doctor Barbosa, manjares dulces de buen mantenimiento, como pollos, capones, gallinas, faisanes, perdices, carnero de un año, ternera de leche, peces de río y de mar en mediana cantidad [...]. La bebida vino blanco aguoso, no antiguo, aguado<sup>183</sup>.

También el doctor Farfán aconseja: «Puede comer cabrito y ternera, que es un buen manjar para melancólicos»<sup>184</sup>. Las palomas son desaconsejadas por la calidad seca de su carne:

En cuanto a las aves [...] y en quien está falto de tal humedad, es forzoso que la carne sea seca. La más seca es la de la paloma torcaz, en segundo lugar la de la perdiz y en tercero las de la paloma, la gallina y la tórtola [...]. Las carnes de pato y las demás aves que viven en los pantanos o sobre las aguas son todas húmedas<sup>185</sup>.

Recojo de pasada la opinión de Ferrand, sin más comentario, por el momento:

Entre las carnes, el epigramista Marcial alaba mucho los palomos, o más bien las palomas torcaces y pichones: los palomos cuyo cuello rodea un collar retardan y embotan y retardan la virilidad; no coma esta ave el que desea ser lascivo<sup>186</sup>.

No sé si es muy arriesgado suponer que el doctor Barbosa deja caer intencionadamente, y si no intencionadamente lo deja caer en todo caso, que no es alimento aconsejable en una enfermedad de melancolía amorosa.

El doctor Laguna considera el culantro muy perjudicial, pero intenta conciliar las opiniones dispares de Galeno y de Dioscórides presentando las dos cualidades del culantro: una caliente –y no recomendable, por tanto, a los melancólicos–, y otra fría «de suerte

<sup>181</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 519. Ver *infra*.

<sup>182</sup> M. Sabuco de Nantes, *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, p. 160.

<sup>183</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387. Ver *infra*.

<sup>184</sup> Farfán, *Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades*, p. 411.

<sup>185</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 64.

<sup>186</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 125; Marcial, *Epigramas*, XIII, 67.

que por diversos respectos podemos llamar al culantro unas veces fría y otras veces caliente»<sup>187</sup>.

He hojeado varias listas de hierbas y pienso, salvo error, que el culantro verde del doctor Barbosa es el culantrillo o culantrillo de pozo, parecido en las hojas al culantro<sup>188</sup>. El culantrillo es recomendado por Burton:

Y como en la melancolía están alterados a menudo el bazo y la sangre, no puedo omitir la escarola, la achicoria, el diente de león y la fumara que purifican la sangre. Y la escolopendra [...] genista, culantrillo, etc. que tanto ayudan y alivian al bazo<sup>189</sup>.

Del culantrillo dice Laguna que «su cocimiento bebido [...] purga con facilidad la cólera y la flema, clarifica la sangre»<sup>190</sup>. Acerca del mastuerzo, bueno para el bazo<sup>191</sup>, no he logrado encontrar referencias en los textos que he manejado.

La verdolaga es recomendada por los médicos en su calidad de fría y húmeda: «todo género de verdolaga es frío en orden tercero y húmedo en el segundo»<sup>192</sup>. Ferrand la recomienda para curar la melancolía amorosa:

Usaremos, pues, para sus caldos y ensaladas, verdolaga, acedera, endibia, achicoria, lechuga que es tan buena para esta enfermedad, que Venus queriendo olvidar sus amores ilícitos sepultó a su querido Adonis bajo unas lechugas<sup>193</sup>.

La verdolaga es empleada en diversas recetas de cocciones para curar la melancolía amorosa<sup>194</sup>: «La verdolaga fresca refresca, pero la seca caliente»<sup>195</sup>.

La buglosa es «la hierba comúnmente llamada lengua de buey»<sup>196</sup>. Aunque en el *Diccionario de Autoridades* se remite, vía Covarrubias (*Tesoro de la lengua*), al *buglossus* latino, creo que se

<sup>187</sup> Laguna, *Dioscórides*, I, p. 310 (libro III, cap. 67).

<sup>188</sup> Ver *Diccionario de Autoridades*.

<sup>189</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 210.

<sup>190</sup> Laguna, *Dioscórides*, II, p. 459 (libro IV, cap. 138).

<sup>191</sup> Ver nota de Oteiza al v. 1709.

<sup>192</sup> Laguna, *Dioscórides*, I, p. 207 (libro I, p. 113).

<sup>193</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 124; ver *infra*.

<sup>194</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 174; se usa también para las enfermedades digestivas.

<sup>195</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 68.

<sup>196</sup> *Diccionario de Autoridades*, s. v. *buglosa*: «lat. *Echium*, vulgo *Buglossus sylvestris*»; «y la vulgar buglosa o lengua de buey» en Laguna, *Dioscórides*, II, p. 450 (libro IV, cap. 120) *sub cirsium*. Laguna señala que la buglosa es lo que «llamamos vulgarmente borraja en Castilla».

trata de hierbas distintas, al menos según los libros de los médicos. La buglosa creo que no es la borraja. En los recetarios se emplean las dos: «Para el corazón borraja, buglosa, azafrán, melisa»<sup>197</sup>.

Entre las hierbas útiles para curar la melancolía, se usan en especial en la elaboración de jarabes y purgas: «Se toma [...] un puñado pequeño de hojas de endibia, achicoria, buglosa, borraja, acedera»<sup>198</sup>. Tirso distingue, pues, como los médicos, entre borraja y buglosa, como hace Ferrand, esta vez en una receta para una purga: «Se cogen 3 ciruelas [...] compuesto de rosa, alhelí, buglosa, borraja y flores de romero».

De hierbas y verduras parece que el doctor Barbosa conoce bien las recetas médicas; afirma que al melancólico le conviene «de yerbas: lechuga, borraja, chicoria»<sup>199</sup>. En el catálogo de hierbas para curar la melancolía:

La borraja y la buglosa compiten por el puesto principal en todas sus formas, en sustancia, zumo, raíces, semillas, flores, hojas, decocciones, extractos, aceites, etc., porque ese tipo de hierbas son variadas y diversas. La buglosa es caliente y húmeda y por tanto mercedamente estimada entre las hierbas que expulsan la melancolía y estimulan el corazón [...]. Puede utilizarse de formas diversas: tomada en caldo, en vino, en conservas, jarabes, etc. [...] y se prescribe muy frecuentemente contra esta enfermedad<sup>200</sup>.

La borraja era recetada tanto en cocimiento como en conserva. Méndez Nieto la emplea así en una cura de melancolía violenta, que es locura. Las recetas de Méndez Nieto son, según él, probadas por él mismo. A veces las compone y resultan bastante violentas, sobre todo su «pócima aperitivo melancólico». Pero confiesa que esta no siempre es eficaz (¿porque acrecienta la flema?). Se refiere a la conserva de borrajas que tomó uno de sus enfermos: «Tomó al día siguiente conserva de borrajas con agua de lo mismo y con esto quedó tan loco como de antes»<sup>201</sup>.

La yerbabuena es recomendada, junto con la verdolaga, para remedio del estómago fundamentalmente, pero se emplea también en las dolencias del hígado y del bazo, y se la considera como hierba refrescante. La menta, que a veces se confunde con la yerbabuena

<sup>197</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 208. Ver la nota al v. 1710 de *El amor médico*.

<sup>198</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, pp. 169 y 168, respectivamente.

<sup>199</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 378. Ver *infra*.

<sup>200</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, pp. 208-09.

<sup>201</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 479.

tiene connotaciones pro y contra el tratamiento de la melancolía, sobre todo de la melancolía amorosa. A juicio de Ferrand:

puede ponerse de acuerdo a estos importantes autores [...] afirmando que, de acuerdo con la doctrina del padre de la medicina y del genio de la naturaleza, la menta es contraria al amor cuando el mal se debe a repleción húmeda<sup>202</sup>.

El doctor Barbosa desaconseja la cebolla como hacen los médicos en sus dietas, así como todo lo que tuviese sabor fuerte. Mercado escribe que el melancólico ha de evitar «los manjares que engendran melancolía como carnes de vaca [...], de raíces, principalmente de ajos, cebollas, puerros, de todos los manjares de sabor agudo»<sup>203</sup>. También Ferrand desaconseja la cebolla: «Evitará comer con frecuencia piñones, pistachos [...], satirión, cebolla, trufas»<sup>204</sup>. La cebolla es desaconsejada por su calidad de ardiente y cálida: «La cebolla es buena para la vista, pero mala para el cuerpo, porque es cálida y ardiente y no es laxante»<sup>205</sup>.

En cuanto a la escarola también es recomendada por los médicos:

Y como en la melancolía están alterados a menudo el bazo y la sangre no puedo omitir la escarola, la achicoria [...] y la fumaria que purifican la sangre<sup>206</sup>.

Si la complexión del enfermo es caliente «también podrá comer a menudo, melón, uva fresca, cerezas, ciruelas, manzanas, peras y frutas parecidas»<sup>207</sup>. Las peras maduras calientan, humedecen y son laxantes<sup>208</sup>.

En cuanto a los pescados, Mercado aconseja los peces de río: «peces de río y de mar de mediana cantidad»<sup>209</sup>. Los peces de río son, sin embargo, más pesados que los de lugares rocosos, como afirma Hipócrates: «Los peces de roca son casi todos ligeros. Estos peces son más ligeros que los que son viajeros, porque al estar tranquilos presentan una carne suave y ligera»<sup>210</sup>. Santa Teresa, cuando

<sup>202</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, pp. 124-25; para la discusión a que me refiero ver en especial p. 125. Ver *Tratados hipocráticos*, III, p. 69, y nota del traductor.

<sup>203</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

<sup>204</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 126.

<sup>205</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 68.

<sup>206</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 210.

<sup>207</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 125.

<sup>208</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 70.

<sup>209</sup> *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

<sup>210</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 65.

se refiere al tratamiento de las monjas melancólicas, desaconseja entre la ingesta de alimentos el pescado: «Téngase cuenta con que no coman pescado, sino pocas veces»<sup>211</sup>.

En cuanto a las salsas (vv. 1718-19<sup>212</sup>), los dietarios incluyen las de hierbas, pero no de sabores fuertes, por lo que es desaconsejable el uso de la canela y, sobre todo, el de la pimienta. Como he recogido en citas anteriores, M. Sabuco de Nantes, por ejemplo, desaconseja para el melancólico «todas las cosas de vehemente sabor» y Mercado dice que se debe huir «de todos los manjares de sabor agudo, como mostaza, oruga, jengibre, pimienta»<sup>213</sup>. En general, «las cosas dulces, picantes, saladas [...] dan naturalmente calor, tanto las que son secas, como las húmedas»<sup>214</sup>. El melancólico de melancolía amorosa «se cuidará de las especias, guisos y salazanes»<sup>215</sup>.

Los huevos son alimento recomendado a los melancólicos<sup>216</sup>, aunque algunos médicos los excluyen de sus dietas: «También habrá de abstenerse de las viandas nutritivas, calientes, ventosas y melancólicas, como son huevos pasados por agua, perdices»<sup>217</sup>.

El vino que recomienda el doctor Barbosa es vino aguado, de acuerdo con todas las dietas médicas que desaconsejan para los melancólicos «el vino grueso y turbio y el queso añejo»<sup>218</sup>. El vino que aconseja Mercado debe ser «blanco, aguoso, no antiguo»<sup>219</sup>. En general, el vino «templadamente usado» es recomendado ya por Plinio y probablemente antes de él; además de otras ventajas que posee el vino «quita la tristeza y pone alegría en el corazón [...] alegra al melancólico y ayuda a gastar la melancolía, corta y destruye la flema, humedescer al colérico y ayuda a purgar la cólera»<sup>220</sup>. Méndez Nieto utiliza el vino aguado en la curación de un melancólico.

<sup>211</sup> *Libro de las fundaciones*, p. 173.

<sup>212</sup> Ver nota de Oteiza al pasaje.

<sup>213</sup> *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

<sup>214</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 72.

<sup>215</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 126.

<sup>216</sup> Según Orobítz, 1997, pp. 306-07. Murillo y Ferrand también los desaconsejan.

<sup>217</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 126. Ver nota de Oteiza al pasaje.

<sup>218</sup> Gordonio, *Libro de medicina*, fol. 55v (en Sánchez Granjel, 1978, p. 225). Admite que a veces el vino es «conveniente para la salud humana, curar y precaver enfermedades». Ver *infra*.

<sup>219</sup> *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387. Ver *infra*.

<sup>220</sup> Mejía, *Silva de varia lección*, II, p. 104. Sobre las virtudes y uso del vino aguado, ver p. 107. Los capítulos XVI y XVII de la Tercera parte los dedica al vino.



cólico, ya loco, cura de veras violenta, pues el vino mezclado con un cocimiento de hojas de tabaco era usado para provocar el vómito violento. El doctor Diego de Arosa hablando de la melancolía y de cómo entristece y termina con la vida humana, dice que los médicos antiguos «buscando triaca, y antídoto para tan pestífero mal, hallaron ser el remedio cierto una vez de generoso vino»<sup>221</sup>. De ahí hasta aconsejar, en algunos casos, como buen remedio el emborracharse, hay en los libros de medicina una extensa gama de opiniones<sup>222</sup>.

Barbosa piensa en «unos jarabes»; no dice cuáles. Los jarabes aparecen recomendados en casi todas las dietas en composiciones adecuadas para cada enfermo. Casi siempre son complemento de las curas: «hecho esto, digerirse ha el humor con jarabe de palomina, de borrazas, del rey sabor [*sic*] de epitimo»<sup>223</sup>. En muchos casos los jarabes sirven para varias enfermedades. Y médicos como Méndez Nieto preparan sus propios jarabes, con los que también curan «enfermedades flemáticas y melancólicas»<sup>224</sup>.

De qué píldoras no habla tampoco Barbosa, quizá se refiera a unas especiales para la melancolía que fueran las píldoras por antonomasia. Pero no lo sé. He encontrado píldoras fabricadas con borrajas, para conciliar el sueño<sup>225</sup>, por ejemplo. Pero no sé a qué píldoras pueda referirse Barbosa.

Después de la dieta queda solo recomendar a Estefanía hacer ejercicio, no estar ociosa, no preocuparse. Ya me he referido a estos aspectos y los he documentado con la opinión de los médicos.

Termino esta sección con una cita referida a la melancolía amorosa que es, en definitiva, la que padece en teoría –si la padece– Estefanía:

por tanto, hagamos que nuestro amante se ocupe en actividades sanas, según su cualidad, profesión [...]. Es decir el enfermo ha de rehuir a toda costa la ociosidad. Mercurial pondera un ejercicio moderado, aunque yo, de acuerdo con Galeno y Marsilio Ficino, preferiría que fuera violento<sup>226</sup>.

Estefanía agradece al doctor su intervención siempre con la doble clave que se ha ido haciendo cada vez más transparente y cuya

<sup>221</sup> Arosa, *Tesoro de las excelencias y utilidad de la medicina, y espejo del prudente y sabio médico*, p. 157 (citado por Valbuena Briones, 1965, p. 122).

<sup>222</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, pp. 240-42.

<sup>223</sup> Mercado, *Diálogos de filosofía natural y moral*, p. 387.

<sup>224</sup> Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, p. 344.

<sup>225</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II p. 247.

<sup>226</sup> Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 127.

doble lectura no se le ha escapado a doña Jerónima, doctor Barbosa. Cuando Estefanía responde a la pregunta de su padre sobre cómo se siente, ella responde con toda tranquilidad: «mejoran / los enfermos de mi humor / solo con ver de hora en hora / al médico junto a sí» (vv. 1746-49). Cosa que solamente cree ya el bueno de don Íñigo (vv. 2476-90), aunque ya sabemos cuál es el remedio para la melancolía amorosa y cómo Estefanía lo sabe (vv. 1866-77), y lo dirá, acercándose al desenlace y olvidándose de melancolías, hablando ya abiertamente de amor (vv. 3207-26).

A partir de aquí, las intervenciones del doctor Barbosa cubren otros campos ajenos a mi trabajo de ahora. Tienen que ver con las condiciones del médico, su formación, su relación con el paciente, sus actitudes y, más en general, con su «prestancia»<sup>227</sup>. También aquí, sin duda, el joven Barbosa sabe de qué habla. No entra en mi plan documentar sus palabras; escojo un poco al azar: cuando se defiende de las punzadas de Gaspar, quien critica su «falta de corpulencia» responde que el corpulento es muy húmedo «y no hay cosa / de las cuatro cualidades / que así destruya las obras / del ánima racional / como la humedad, que borra / las imágenes y especies / del discurso y la memoria» (vv. 1802-08). Sin buscar mucho se encuentran alusiones contra los perjuicios de la humedad; es necesario pasear después de las comidas «para que el alma reciba un alimento más seco que los alimentos ingeridos; de mañana para que los conductos se vacíen de humedad, y no se obstruyan los poros del alma»<sup>228</sup>.

Quedan unas breves referencias a la melancolía, un último diagnóstico por parte del doctor Barbosa en su plan de impedir, como Jerónima, que don Gaspar, por quien ella ha montado todo el enredo, se case con Estefanía, «causa de la pena mía» (v. 2153) –confiesa Jerónima–. Desea asegurarse de que don Íñigo no va a insistir en el matrimonio entre Estefanía y Gaspar (vv. 1928-39)<sup>229</sup>. Nuevo diagnóstico que don Íñigo obedecerá al pie de la letra (vv. 1940-41 y 1980-2006).

El doctor Barbosa volverá a referirse al mal de amor en relación con don Gaspar (vv. 2343 y ss.); el mal de amor es enfermedad del

<sup>227</sup> Ver *Tratados hipocráticos*, I, «Sobre el médico», en especial pp. 172-74 de la introducción, y pp. 175-76; también en pp. 185-93 la introducción a «Sobre la decencia», y el tratado mismo, pp. 196-210. Ver así mismo las pp. 218-29 del trabajo de David-Peyre, 1979.

<sup>228</sup> *Tratados hipocráticos*, III, p. 49.

<sup>229</sup> Ver en vv. 2376-77 el mismo mensaje a don Gaspar, ya curado de su amor por Estefanía (vv. 2307 y ss.), y más tarde aliviado (vv. 2818 y ss.).

alma que puede asociarse con la melancolía amorosa: le tomará el pulso, cuyas alteraciones marcan la enfermedad. Si no sana le aplicará otros remedios, propios del tratamiento de los melancólicos: la sangría y demás remedios. Que el pulso revela el estado interior está en la relación cuerpo-alma. Barbosa cita a Erasístrato y recoge la anécdota que cuenta Mejía en su *Silva de varia lección*, la del amante cuyo pulso reacciona con solo oír el nombre de la amada<sup>230</sup>.

Del otro caso de amor, el de don Rodrigo (vv. 2306 y ss.), no me ocupo aquí, pues no lleva a la melancolía. Pero es también muy interesante documentarlo con la ayuda del pensamiento médico. También aquí el doctor Barbosa sabe de qué habla al referirse a la interacción alma-cuerpo y facultades intelectivas, sus instrumentos «materiales», los «sentidos»<sup>231</sup>.

Claro está que a esta altura del conflicto en que está metido el doctor Barbosa<sup>232</sup> no se preocupará demasiado del mal de amor de don Gaspar, aunque le promete los remedios necesarios. Uno de estos remedios es la sangría que ocupa un lugar destacado entre los remedios quirúrgicos<sup>233</sup>.

Para terminar deseo mencionar de pasada que el rey le pide al doctor Barbosa, ya médico de cámara, que visite a la reina, pues esta está triste: ¿saudade?, ¿melancolía? (vv. 2463-65).

De las páginas anteriores puede deducirse que Tirso ha puesto en boca de sus personajes afirmaciones e ideas sobre la melancolía y su diagnóstico, así como sobre sus causas y remedios que están de acuerdo con el pensamiento médico del momento. Creo que se trata de un saber por parte de Tirso que está por encima del conocimiento general e incluso por encima del bagaje normal de un intelectual no médico.

Creo poder reforzar esta idea al tratar de la melancolía de Rogerio, que constituirá la segunda parte de este trabajo.

<sup>230</sup> *Silva de varia lección*, II, pp. 92-93.

<sup>231</sup> Pueden encontrarse varios datos en Burton, *Anatomía de la melancolía*, I, pp. 156-62.

<sup>232</sup> «¿Cómo hallaré la salida / de tan encantada Creta?» (vv. 2099-2100); piensa hallarla a pesar del pesimismo de Quiteria: «¿Ves todo eso? Pues de todo / habemos de salir bien» (vv. 2147-48).

<sup>233</sup> Burton, *Anatomía de la melancolía*, II, p. 227: «Remedios Quirúrgicos». Sobre la sangría a Tello (vv. 2403 y ss.) no me detengo porque no tiene que ver con la melancolía, pero es muy interesante documentar el diagnóstico de Barbosa sobre la peste.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alfonso X, el Sabio, *Lapidario*, ed. S. Rodríguez y M. Montalvo, Madrid, Gredos, 1981.
- Arosa, D. de, *Tesoro de las excelencias y utilidad de la medicina, y espejo del prudente y sabio médico*, Lérida, 1658 (Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 3/45054).
- Bartra, R., *El Siglo de Oro de la melancolía. (Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma)*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1998.
- Burton, R., *Anatomía de la melancolía*, ed. J. Starobinski, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1997-1998, 2 vols.
- Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. F. C. R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1995.
- David-Peyre, I., «El amor médico “comedia documentée” de Tirso de Molina», en *Hommage des hispanistes français a Noël Salomon*, Barcelona, Laia, 1979, pp. 209-22.
- Diccionario de Autoridades*, Real Academia Española, Madrid, Gredos, 1964, 3 vols.
- Escudero Ortuño, A., *Concepto de la melancolía en el siglo XVII. (Un comentario a las obras de Robert Burton y Alfonso de Santa Cruz)*, Huesca, s. n., 1950.
- Farfán, A., *Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades*, en R. Bartra, *El Siglo de Oro de la melancolía. (Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma)*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1998.
- Ferrand, J., *Melancolía erótica*, trad. J. Mateo, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1996.
- Granada, Fray L. de, *Introducción del símbolo de la fe*, ed. J. M. Balcells, Madrid, Cátedra, 1989.
- Gordonio, B., *Libro de medicina*, en L. Sánchez Granjel, *La medicina española del siglo XVII*, Salamanca, Universidad, 1978.
- Huarte de San Juan, J., *Examen de ingenios para las ciencias*, ed. G. Serés, Madrid, Cátedra, 1989.
- Klibansky, R., Panofski, E. y Saxl, F., *Saturno y la melancolía. Estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- Laguna, A., *Pedacio Dioscórides Anazarbeo [1555]*, Madrid, Instituto de España, 1968, edición facsímil, 2 vols.
- León, Fray L. de, *Exposición del libro de Job*, ed. J. San José Lera, Salamanca, Universidad, 1992.
- Marcial, M. V., *Epigramas*, ed. J. Fernández Valverde y A. Ramírez de Verger, Madrid, Gredos, 1997, 2 vols.
- Méndez Nieto, J., *Discursos medicinales compuestos por el licenciado Méndez Nieto, que tratan de las maravillosas curas y sucesos que Dios Nuestro Señor ha querido obrar por sus manos en cinquenta años que*

- ha que cura así en España como en la Isla Española y reyno de Tierra Firme* [Cartagena de Indias, 1607], ed. L. Sánchez Granjel *et alii*, Salamanca, Universidad de Salamanca-Junta de Castilla y León, 1989.
- Mercado, P., *Diálogo de la melancolía*, en *Diálogos de Philosophia natural y moral* [Granada, 1558], en R. Bartra, *El Siglo de Oro de la melancolía. (Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma)*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1998.
- Mejía, P., *Silva de varia lección*, ed. A. Castro, Madrid, Cátedra, 1990.
- Morales, G. de, *De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, ed. J. C. Ruiz, Madrid, Editora Nacional, 1977.
- Müri, W., «Melancholie und schwarze Galle», *Museum Helveticum*, 10 1953, pp. 21-28.
- Orobitg, Ch., *L'humeur noire. Melancolie, écriture et pensée en Espagne au XIVème et XVIIème siècles*, Bethesda, International Scholars Publications, Iberian Studies in History, Literature and Civilization [circa 1997].
- Pallares, B., «Melancolía, alegría y congoja. (Contribución al estudio de la melancolía en la obra de Tirso de Molina)», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, P. Peira, P. Jauralde, J. Sánchez Lobato y J. Urrutia, eds., Madrid, Castalia, 1991, III, 1, pp. 265-87.
- Paracelso, *Las siete apologías*, trad. N. García i Amat, introd. S. Jubany y Closas, Barcelona, Ediciones Índigo, 2001.
- Rico, F., *El pequeño mundo del hombre*, Madrid, Castalia, 1970.
- Rubio, L., «El temperamento “melancólico” de Fray Luis de León y sus actuaciones prácticas», en *Fray Luis de León: el fraile, el humanista, el teólogo*, S. Álvarez Turriente, coord., Real Monasterio de El Escorial, Ediciones Escorialenses, 1992, pp. 947-65.
- Sabuco de Nantes, M., *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, ed. A. Martínez Tomé, Madrid, Editora Nacional, 1981.
- Sabuco de Nantes, O., *Coloquio del conocimiento de sí mismo en el cual hablan tres pastores filósofos en vida solitaria, nombrados Antonio, Velonio y Rodonio*, en *Obras escogidas de filósofos*, ed. A. Castro, Madrid, Rivadeneyra (BAE, 65), 1873.
- Sánchez Granjel, L., *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*, Salamanca, Instituto de Historia de la Medicina Española-Universidad de Salamanca, 1974.
- *La medicina española del siglo XVII*, Salamanca, Universidad, 1978.
- Sancho de San Román, R., *La medicina y los médicos en la obra de Tirso de Molina*, Salamanca, Seminario de Estudios de Historia de la Medicina Española-Librería Cervantes, 1960.
- San Isidoro, *Etimologías*, ed. J. Oroz y M. A. Marcos, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.
- Santa Teresa, *Libro de las fundaciones de Santa Teresa de Jesús*, ed. J. M. Aguado, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 115), 1957.

- Starobinski, J., *Historia del tratamiento de la melancolía desde los orígenes hasta 1900*, trad. J. J. López Ibor, Barcelona, Ceigy, 1962.
- Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, ed. L. Vázquez, Madrid, Castalia, 1996.
- *Deleitar aprovechando*, ed. M. P. Palomo e I. Prieto, Madrid, Turner-Biblioteca Castro, 1994.
- *Don Gil de las calzas verdes. Marta la Piadosa*, ed. I. Arellano, Barcelona, PPU, 1988.
- *El amor médico*, ed. B. Oteiza, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsonianos, 1997. También en *Obras completas. Cuarta parte de comedias I*, ed. del IET, dirigida por I. Arellano, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsonianos, 1999.
- *El melancólico*, ed. B. Varela Jácome, Madrid, Aguilar, 1967.
- *La fingida Arcadia*, ed. F. Minelli, Madrid, Revista Estudios, 1980.
- *La ninfa del cielo*, en *Comedias de Tirso de Molina*, II, ed. E. Cotarelo, Madrid, Bailly-Baillièrre e Hijos (NBAE, 9), 1907.
- *La Santa Juana. Segunda parte*, en *Comedias de Tirso de Molina*, II, ed. E. Cotarelo, Madrid, Bailly-Baillièrre e Hijos (NBAE, 9), 1907.
- *La venganza de Tamar*, ed. A. K. G. Paterson, Cambridge, University Press, 1969.
- Tirso de Molina, *Los lagos de San Vicente*, en *Comedias de Tirso de Molina*, II, ed. E. Cotarelo, Madrid, Bailly-Baillièrre e Hijos (NBAE, 9), 1907.
- Tratados hipocráticos*, ed. C. García Gual et alii, Madrid, Gredos, 7 vols. (I: 1983 y 1990 primera reimposición; II: 1997; III: 1986; IV: 1988, V: 1989, VI: 1990 y VII: 1993).
- Valbuena Briones, Á., ed., *P. Calderón de la Barca. Dramas de honor*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965.
- Velásquez, A., *Libro de la melancolía, en el cual se trata de la naturaleza de esta enfermedad, así llamada melancolía, y de sus causas y síntomas. Y si el rústico puede hablar latín, o filosofar, estando frenético o maniaco, sin primero haberlo aprendido* [Sevilla, 1585], introd. F. Barrenechea, en R. Bartra, *El Siglo de Oro de la melancolía. (Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma)*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1998.
- Vintró, E., «Salud y enfermedad en el *Corpus Hippocraticum*», en *Doroi sun oligoi (Homenaje a José Alsina de sus discípulos, en el décimo aniversario de su cátedra en la Universidad de Barcelona)*, Esplugas de Llobregat, Ariel, 1969, pp. 78-87.